SUR

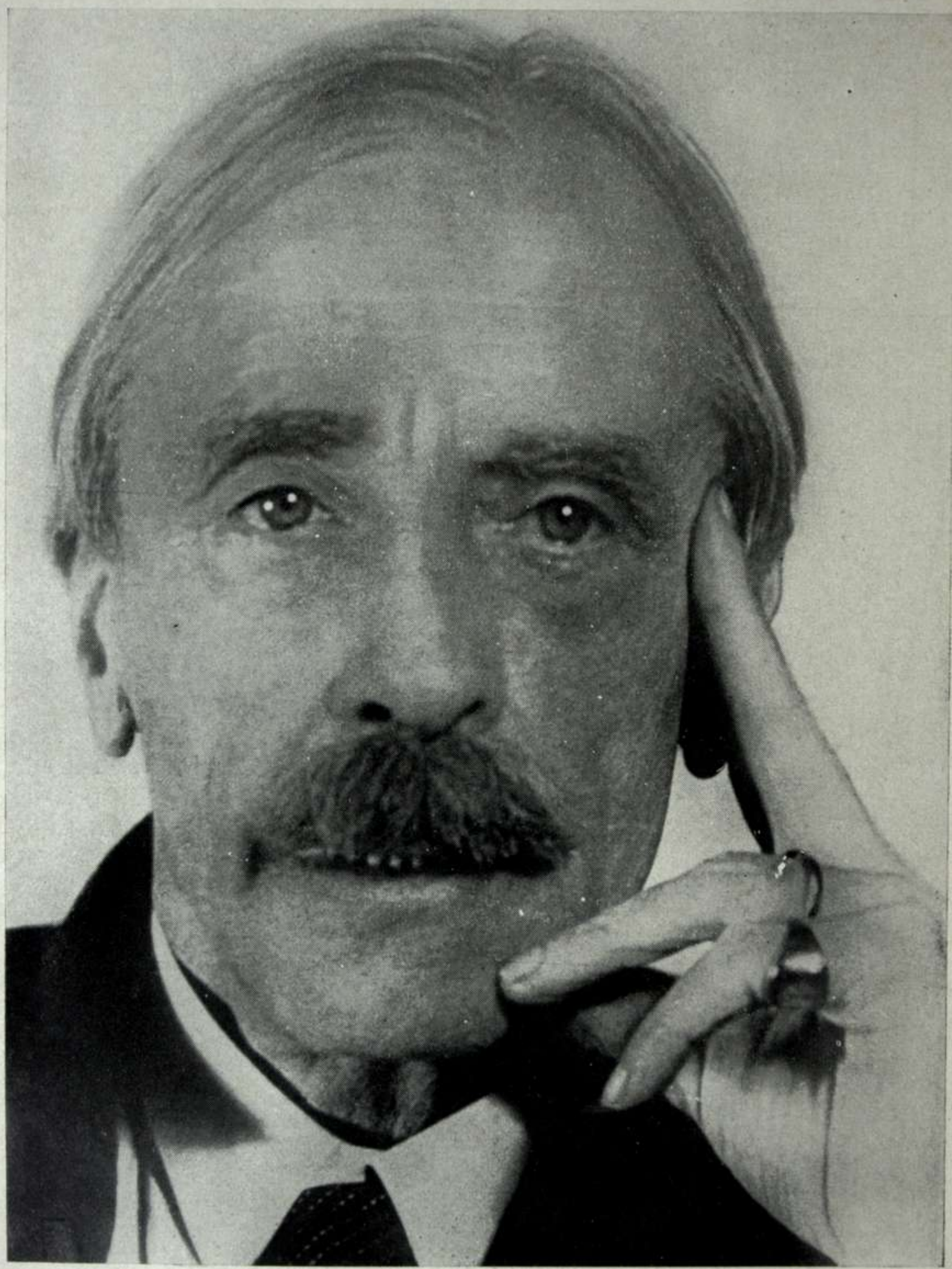
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

OCTUBRE DE 1945 AÑO XIV

BUENOS AIRES



SUMARIO

PAUL VALÉRY

O F R E N D A

Léon - Paul Fargue ha dicho alguna vez: "No concibo ni por un instante, ni sería capaz de concebirlo siquiera, que Valéry pudiese no existir. Su presencia tiene algo de supremo, de premeditado, de inevitable."

En esta época de crueles privaciones para el mundo, va a ser necesario ¡ay! prescindir también de Paul Valéry, al menos de Valéry vivo. Ha sido un honor tan grande, ha sido tan reconfortante saber que era uno de los nuestros, en el planeta. Ningún poeta habrá ejercido semejante influjo sobre el rigor poético universal, ni sobre la capacidad de exigencia del escritor frente a sí mismo. Nos enseñó a estimar sólo lo que nos ha costado mucho trabajo. Era el príncipe de la dificultad vencida, el héroe de la perfección conquistada. En el lenguaje encontró y cultivó su universo. Mientras que tantos otros poetas parten de una emoción, de un sentimiento, Valéry partía del lenguaje y llegaba al sentimiento a través de la temblorosa selva de las palabras. "¡Honor de los hombres! ¡Santo lenguaje!"

La irradiación de la poesía de Valéry tiene algo de milagroso, ya que esta poesía difícil, y a menudo muy difícil, está en millares y millares de labios. Poesía rica en versos inolvidables que no acaban

nunca de entregarse. "Un verso bello renace continuamente de sus cenizas", dice Valéry. Y su verso, cargado de potencias, es ejemplar desde ese punto de vista. Ni tampoco podríamos insistir demasiado sobre la facilidad con que los versos difíciles de Valéry muerden en nuestra memoria, cuyo asentimiento y fidelidad obtienen. Se incrustan en sus fibras más secretas.

Valéry no es sólo un poeta de la profundidad. Es también un gran colorista y un maravilloso músico del verso. Ninguno de nuestros sentidos queda defraudado por esta poesía en que el verbo se hace carne —y nunca ha sido más carnoso—. Poesía tan profundamente verbal que se confunde con el hombre mismo, con lo esencial de las aspiraciones del poeta y del artista. Y sobre todo esto, la refracción de la inteligencia más aguda y más táctil que exista, la más rica en antenas.

¿Quién habla de frialdad? El lento trabajo de Valéry no impide en él captar la pasión viva, a través del velo de la poesía. Valéry es un poeta entusiasta. Ninguna poesía más rica que la suya en ardientes y fértiles invocaciones [1].

Hay quienes se asombran de que el poeta más despierto, más inteligente, más lúcido que exista se desentienda a veces —muy pocas, es verdad— de la precisión del sentido en su verso. Es que este poeta, uno de los más sensuales de las letras francesas, sabe, cuando quiere, poner su verso en estado de hipnosis, de voluptuoso embotamiento. Y poco le importa que signifique esto más bien que aquello.

Después del milagro Mallarmé, que parecía haber llevado a un callejón sin salida, tuvimos el milagro Valéry, que proseguía y ensan-

[1] Nunca ha habido páginas de poesía que contuvieran tantos signos de exclamación.

chaba singularmente la aventura mallarmeana y daba a la poesía francesa obras maestras en una época en que los poetas parecían despreocuparse de la perfección.

Valéry gusta y nos hace gustar sus versos como un vino precioso. Advertimos todo el placer que él siente en hacerlos pasar por sus labios y los nuestros. Aparte de su sentido mismo, estos versos forman un conjunto exquisito. Es un elixir de sonoridades. Para llegar a esta alquimia, todos los sentidos del poeta se han puesto alerta. Y para gustarlos plenamente, es necesario que los nuestros lo estén también.

Los versos de Valéry parecen contarse entre los mejor armados que existan para luchar contra los golpes sordos pero infatigables del tiempo. En cuanto al prosista, se podrían aplicarle estas líneas en que el mismo Valéry define a Descartes: "Hombre prudente como era, y artista incomparable en el trabajo de las materias duras, se ha construído con sus manos una tumba, una de esas tumbas que dan envidia. Ha puesto en ella la estatua de su espíritu, tan clara y tan verdadera que al verla se diría que está vivo, que está hablando en persona."

JULES SUPERVIELLE

(*Traducción de Raimundo Lida*)

P A U L V A L É R Y

1871 - 1945

Valéry ha muerto.

Ephémère immortel si clair devant mes yeux.

Si clair devant mes yeux que miraban otra cosa: las aguas de un lago ensombrecidas por el invierno. La nieve tan liviana en el aire y pesada en las ramas de los coihues, borrando caminos, dibujando montañas. Tanta hoja en la blancura de ese silencio lo habría escandalizado, se me ocurre. Estos bosques de la Patagonia, condenados, como su plátano, personaje de un parque, a no poder romper "le noeud de l'éternelle halte"; estos bosques sonámbulos, peligrosamente asomados a los lagos y como entumecidos en un sueño espeso, sin pájaros, entre el danzar de la nieve, en el extremo casi desierto de un continente lejano, no se parecen a los que él conoce...

A los que él conocía.

Valéry ha muerto en París, me comunican por teléfono. Y yo estoy en Llao-Llao, de pie ante mi ventana. Miro el reloj como si me indicara la hora de su muerte efectiva: las diez de la mañana.

Esa noticia en este paisaje donde yo no había tenido tiempo de verlo, donde no se me había aparecido —sus poesías y un volumen de *Variété* me acompañaban en una valija todavía cerrada—, donde aún no nos habíamos dicho nada, me pareció al principio irreal. Pero por

ella Valéry entró de golpe y definitivamente en ese paraje. Un Valéry que ahora, para mí, quedará siempre confundido con él.

Ephémère immortel si clair devant mes yeux.

"Nuestro querido Valéry ha muerto. Lo enterramos en el cementerio marino de Cète (Herault)" — decía el cable de su amigo Julien Monod.

Enterrado *pour moi seule, à moi seule, à moi-même,* en el lago de Nahuel Huapí (Río Negro). Entre bosques de coihues y montañas cuyos nombres ignoraba.

Él hubiera protestado quizá contra el exotismo del magnífico escenario (el exotismo le irritaba). Todo ese follaje en pleno invierno: ¡qué absurdo patagónico!

"¿Negará usted —le decían a Monsieur Teste— que hay cosas anestésicas? ¿Árboles que emborrachan, hombres que dan fuerza, muchachas que paralizan, cielos que cortan la palabra?"

Y Monsieur Teste contestaba: "¡Y, señor! ¡Qué me importa el talento de sus árboles — y de los otros!... Estoy en Mi casa (chez *Moi*), hablo mi idioma, *odio las cosas extraordinarias.* Es la necesidad de los espíritus débiles."

Muchas veces he visto a Valéry solo. Pero también lo he visto en compañía de M. Teste. Un día, ufana de poder obligarlo a admirar —creía yo— las bellezas naturales de mi Argentina (las otras se me antojaban menos comunicables), le presenté una sorprendente fotografía tomada en Jujuy. Miró *la cosa* con sus ojos claros, que nunca huían.

—¿Qué es eso?

—Flores. Un cactus grande como un árbol y cubierto de flores.

—Debe ser muy feo.

La observación me hizo retroceder instintivamente como la picadura de una avispa. Espina de cactus tú mismo, pensé, con despecho infantil.

En ese momento yo ignoraba aún que Valéry era uno de esos escritores, uno de esos hombres a quienes se quiere o se adora a pesar de todos los peros. A pesar de sus gustos, que no siempre son los nuestros. A pesar de sus predilecciones, tendencias, negaciones, afirmaciones, durezas, repulsiones, que por temperamento pueden molestarnos o herirnos.

En el placer de frecuentar ciertos autores y ciertos amigos, esta cuestión del temperamento es la dominante. Hace que uno se entienda o no, en la mayoría de los casos. En los juicios de divorcio la llaman incompatibilidad. Es como en las trasfusiones de sangre. Pertenecemos fatalmente a tal o cual grupo. Y hay sangres que, en vez de salvarnos, no pueden mezclarse con la nuestra sin catástrofe. Pero, como de costumbre, las cosas no son tan radicales como parecen. Podemos acabar muy bien por comprender, por enamorarnos de temperamentos opuestos al nuestro, siempre que sean grandes las compensaciones. Suelen serlo.

Nos gusta, pues, un libro, un amigo, a veces por las semejanzas y a veces a pesar de las desemejanzas temperamentales. En el primer caso, no hay más que dejarse deslizar por la propia pendiente. En el segundo, un violentarse a sí mismo, penoso a veces, un olvido casi continuo del propio yo, una difícil comprensión de reacciones, de actitudes mentales que no son las nuestras se hacen indispensables. Excelente disciplina y recomendable por sí misma, además.

La lectura o la amistad, el libro o el hombre nos obligan así, para seguirlos, a abandonar nuestras más queridas rutinas, esos caminos trillados de nuestra sensibilidad y de nuestros pensamientos cotidianos. Tenemos que ahogar momentáneamente los armónicos que refuerzan nuestra naturaleza más profunda para intentar escuchar los otros.

"No digo que *tenga razón*, digo que soy así", explica Valéry, amante de abstracciones. A esos libros, a esos amigos de la segunda categoría,

cuando nos inspiran tanta admiración como respeto, nos atrevemos apenas, y tímidamente, a contestar: "No digo que estéis equivocados, digo que no soy así."

Cuando el destino los ha colocado en un plano mucho más alto que el nuestro, sostener a esos amigos que aun cuando estuviéramos en ese plano superior diferiríamos de ellos parece puro descaro. Aparte de lo ridículo. Decididamente, ese lenguaje y ese desenfado sólo son admisibles entre iguales.

Tal era —particularmente cuando empecé a conocer la obra y el hombre— mi situación, mis inhibiciones, mis reticencias frente a Paul Valéry. Si hoy hago mención de ello, es porque, como Mme. Émile Teste, "me veo obligada a hablar incidentalmente de la que les habla de él". Es también porque una tremenda necesidad de ser sincero nos atormenta ante los ausentes queridos. Están ahí, más que nunca, para oírnos, para juzgarnos; ahí, en nosotros mismos.

El tiempo, el deseo obstinado de comprenderlo me hicieron vencer muchos obstáculos que la diversidad de temperamento alzaba entre Valéry y yo. Pude así saltar por encima de oposiciones y discordancias —que al principio me cortaban el paso y me herían con sus agudas aristas— en no sé qué carrera de vallas, desesperante para mi haraganería. Gracias a ese esfuerzo me siento hoy un poco menos indigna de hablar de él.

Lo he escuchado mucho. Me he callado mucho junto a él. A tal punto que ha muerto sin saber casi —y me pesa— cuán profunda era mi admiración por él; esa admiración que yo creía pagar incesantemente con amargas abjuraciones; admiración que costaba caro. Para seguirlo yo hacía algo más que dejarme a un lado. Imponía provisionalmente silencio a mis más vitales certidumbres.

Cuando me encontraba con Valéry en "sociedad", en salones en que la conversación mariposeaba sin rumbo fijo, temía que se le ocurriera a alguien abordar algún tema de mi predilección: ciertas grandes novelistas inglesas, por ejemplo. Lo que corría yo el peligro de oír sobre ellas de boca de Valéry se transformaba en repentino pánico. Sabía que podía desollarme viva sin convencerme. Por lo demás, él no se proponía ninguna de las dos cosas. Su natural cortesía y su *je m'en fichisme* cultivado se lo impedían.

Hay temas que el instinto de conservación nos aconseja evitar con los genios que admiramos y frecuentamos: el de otros genios que estos genios repudian violentamente desde ciertos ángulos, y que nosotros, humildes mortales, adoramos más o menos en bloque. No conversar de Wagner con Stravinsky, ni de las grandes novelistas inglesas con Valéry. A menos, naturalmente, de estar de acuerdo con ellos de antemano, o de desear conocer la sensación de la ostra viva cuando le exprimen encima un limón.

Con gusto haría un viaje por hablar de T. E. Lawrence con Bernanos. No me hubiera aventurado sin recelo en ese tema con Valéry. Ni hace unos años —hace unos años— en el de Gandhi con Aldous Huxley. Los tiempos han cambiado.

En lo tocante a Valéry, yo tomaba mis precauciones para que la historia del cactus no se repitiera al infinito. "Odio las cosas extraordinarias", decía Monsieur Teste. Me guardaba de olvidarlo. Un cactus es, claro está, cosa extraordinaria en el país de los rosales bien podados y de los frutales en *espalier*. Había que conformarse. Dejemos los cactus en paz —me había dicho yo—; me esperarán en Jujuy sin inquietarse de saber si sus flores gustan fuera del desierto, donde, por otra parte, nadie les hace caso. Seamos sensatos como ellos, puesto que pertenecemos a la misma familia.

Esa sensatez elemental no siempre resultaba cómoda. ¡Póngase

un cactus a reflexionar cuando lo depositan en una maceta al borde de un impecable jardín francés! ¡Pobre planta exótica desamparada! Muestra sin valor de riquezas indemostrables.

El nombre de Valéry sonaba como el de un príncipe poderoso cuando llegué a París en 1928. Hasta en las piezas de Bourdet las multimillonarias norteamericanas pedían humildemente consejo a Antoine, *maître d'hôtel* del Ritz, para saber a quién tenían que colocar a la derecha en una comida de etiqueta: el embajador Fulano de Tal o el autor de la *Jeune Parque.*

Lo conocí, pues, en momentos en que llegaba a la cúspide de la gloria literaria.

Ese día amaneció lloviendo. "El almuerzo es a la una; *Rive Gauche,* en un pequeño restaurant donde se come muy bien. Paul Valéry ha prometido venir." La promesa era tentadora, y el tiempo desapacible. Fines de enero, o febrero. Las veredas enaceitadas de agua, el frío de una mañana gris de invierno parisiense, los paraguas abiertos en la calle estrecha, el auto parado a la puerta del restaurant, el aire tibio y sabroso que nos dió en la cara al entrar, la luz artificial —tan amarilla a mediodía—, la larga mesa preparada, esos señores escritores... ningún detalle se me ha borrado de la memoria. Porque era una comida de escritores. De escritores europeos y célebres. ¡Qué emoción la de ver tantos nombres conocidos delante de los platos aún vacíos! ¡Qué oportunidad inaudita para una sudamericana —cactus en maceta— que cree en la literatura religiosamente.

Ahí está ese Paul Valéry, visto tan a menudo en la pantalla de la imaginación; ahí está en carne y hueso. En hueso más que en carne, pues su rostro, como el de Virginia Woolf, es de aquellos en que los huesos tienen la belleza conmovedora de un pensamiento. Estatura mediana,

más bien delgado, "distinguido" entre comillas (no encuentro otro término). *Se distingue.* No atina uno a saber por qué, pues todo en él es discreto, secreto, "fuego sin materia". Habla, y uno piensa en su descripción de Monsieur Teste: tiene el hablar extremadamente rápido y la voz sorda. Es él, no cabe duda. Todo es en él rápido, desconcertantemente. Su rostro ha sido modelado desde dentro y desde fuera. El pensamiento y el tiempo han pesado doblemente sobre él, con todas sus fuerzas. Pero los ojos han quedado como llenos de sí mismos, refractarios a lo que, desde dentro o desde fuera, pudiese alterarlos. Tienen no sé que luminosidad de lagos de las altas montañas. Habita en ellos el pensamiento, pero un pensamiento transportado a otro modo... "transparent glacier des vols qui n'on pas fui..." Mme. Émile Teste ya nos había advertido: "Son muy lindos esos ojos; los quiero porque son un poco más grandes que todo lo visible. Nunca se sabe si hay algo que se les escape, o si, por el contrario, el mundo entero no es para ellos un simple detalle de todo lo que ven, un punto luminoso que nos obsesiona, pero que no existe..."

¿Qué decía ese día Valéry tan rápidamente que su interlocutor, Ortega, no alcanzaba a comprenderlo? Poco más o menos lo siguiente: "Los resultados de la ciencia son demostrables. La filosofía nunca llega a soluciones que pueden demostrarse. La ciencia prueba que las soluciones que alcanza son verdaderas. La filosofía no lo consigue. ¿Qué es la filosofía? Un arte... el arte de las ideas... nada más. Así, pues, señores filósofos, vénganse ustedes con nosotros. No se queden en su rincón. No valen ustedes más que nosotros."

El filósofo a quien iba dirigido este discurso se esforzaba inútilmente en comprender aquel hablar. La mitad de las palabras, articuladas sólo a medias, y que había que cazar al vuelo, o adivinar, completar, se le escapaban. Para oídos poco ejercitados en el francés, ¡qué galimatías y qué suplicio! En cuanto a mí, tropezaba en el sentido, no en la

pronunciación confusa; el sentido de aquellas palabras, comprensibles para mí, me escandalizaba un poco. Devota de Bergson, pensaba en esa otra gloria de Francia y me encabritaba. El filósofo interpelado, sin preocuparse seguramente de ese o de otro colega ilustre, sentía fastidio. Hasta olvidábamos de saborear los platos.

Émilie Teste conocía bien a su marido, pensé, cuando escribía: "A veces es duro. No creo que nadie pueda serlo como él. Le rompe a uno el espíritu con una palabra, y me veo como un jarrón defectuoso que el alfarero arroja entre los desechos. Es duro como un ángel... No se da cuenta de su fuerza: tiene palabras inesperadas que son demasiado ciertas, que anonadan a las gentes, las despiertan en plena tontería..."

¡Ah, la tontería no era su fuerte! Confieso que ese día me inspiró una como nostalgia de ella. He conocido sensaciones de esta índole después de un vuelo prolongado en que los nervios han estado demasiado tensos a causa de los pozos de aire.

Valéry me había deslumbrado y sofocado. Devuelta a una humildad y a una simplicidad casi animal, compenetrada de mi espesa ignorancia, lastimada por mis propias objeciones inarticuladas, relámpagos de objeciones que no llegaban a la línea de flotación de las frases bien construídas, me hubiera jurado no volver a verlo. Todo intercambio parecía impracticable, y la lectura podía darme de él más que la presencia: un diálogo. Pero su sonrisa, la sonrisa de su mirada hablaba también, y de muy otra manera; de ese discurso paralelo, yo había recogido migajas. Valía la pena escucharlo directamente a él también. Y en los libros sólo asomaba bajo otras especies.

El volver a verlo me inquietó, desde entonces, como el riesgo de un sufrimiento; renunciar al riesgo, como una confesión de fracaso.

Su dureza de diamante era, para mí, menos deprimente que su cor-

tesía, tan europea. Su cortesía con las mujeres me daba vértigo: lo alejaba miles de kilómetros de su interlocutora. ¡Silencio eterno de esos espacios infinitos de amabilidad! ¡Qué alivio su ironía, en comparación! Por lo menos existían armas para defenderse de ella.

En el *Diario* de Gide encontramos a menudo, a propósito de Valéry, reflexiones como éstas: "Ayer comí con... y Valéry. Valéry fascinador como siempre; pero no puedo respirar en su cosmos." "La conversación con Valéry me pone en esta *espantosa* alternativa: o encontrar absurdo lo que él dice, o encontrar absurdo lo que yo hago. Si él suprimiera *en realidad* todo lo que suprime en la conversación, yo ya no tendría razón de ser. Por lo demás, nunca discuto con él; me estrangula y yo me debato."

Imposible describir mejor mis primeras relaciones con Valéry. Pero el organismo humano tiene grandes recursos. Yo me iba aclimatando poco a poco a la atmósfera de estrangulación valeriana. El instinto de conservación tomó cartas en el asunto. Es muy fuerte en las tribus primitivas. Y, en presencia de Valéry, yo, sudamericana, me sentía a medio camino entre él y el hombre de Cromagnon. Galantemente, el hombre de Cromagnon venía en mi auxilio y me ayudaba a sobrevivir.

En 1931, Valéry escribía con profética lucidez:

"Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una Comisión americana. Toda su política marcha en esa dirección. No sabiendo deshacernos de nuestra historia, lo harán por nosotros unos pueblos felices que no la tienen, o poco menos. Pueblos felices serán los que nos impongan su felicidad."

La felicidad de los pueblos de que formamos parte es relativa y precaria, porque, cada vez más, felicidad o desgracia no pueden atrincherarse en continentes privilegiados. Están en todas partes o en ninguna. Nada hay que no repercuta inmediatamente de un extremo a otro del mundo. Pero el caso es que entre nosotros, los americanos, hay

un apetito de vida, una facultad de entusiasmos candorosos y una efervescencia de esperanzas, tontas si se quiere, que nos defienden bastante bien de esas "formas pensativas", de esos excesos del intelecto que parecen agotar su propia fuente y llevan al *tædium vitæ.*

Beber "la naissance du vent" es cosa instintiva entre nosotros. Esto nos hace recobrar el alma a cada soplo, como diría el poeta. Y nuestro elemento no parece ser *le toit tranquille où marchent des colombes,* sino más bien *la grande mer de délires douée.*

Cuanto más me envolvía el encantamiento (los *Charmes*) de Valéry, mejor entreveía en mí las desventajas y a la vez la fuerza inmunizadora de nuestro *background.* Confortante certidumbre: la de poder querer a Valéry (es decir, a Europa en su punta más fina), la de poder exponerse a las "armas sin piedad" de esa inteligencia sin ser aniquilada automáticamente por un simple efecto de reverberación. Porque la inteligencia de Valéry era difícil de soportar, y sus silenciosas explosiones, temibles como las de la bomba atómica.

"Yo creo que no se pone uno de acuerdo sobre nada sino por equivocación", declaraba. ¿Qué contestar a eso? Y cuando asegura a Gide (yo le he oído decir cosas parecidas): "Me toman por poeta, pero a mí no me importa un bledo la poesía. No me interesa más que por carambola. Sólo por casualidad (*par accident*) he escrito versos. Yo sería exactamente el mismo si no los hubiese escrito. Es decir que tendría, a mis propios ojos, el mismo valor..." ¿Qué contestar? Tiene razón, pero se equivoca. ¿Puede uno escribir, no importándosele un bledo la poesía, y por casualidad, *Narcise* y *Palme?* ¿Será una simple salida? ¿Por qué insistir en ella, entonces?

"Las ciencias, tan fríamente enseñadas, han sido fundadas y acrecentadas por hombres que ponían en ellas un interés *apasionado* (el subrayado es mío), escribía a propósito de *Eureka.* ¿De veras creía que el poeta Valéry podía prescindir de la pasión, mientras él mismo observaba

que el hombre de ciencia debía a ella parte de sus descubrimientos? ¿Mientras acusaba a los "descoloridos y tristes maestros de su juventud" de no comunicar a los alumnos esa verdad?

Einstein ¿sostendría que no le importa un bledo la física? ¿Y que si no hubiese dado al mundo la teoría de la relatividad, él, y el mundo por añadidura, serían exactamente los mismos? ¿Por qué se complace Valéry en crear, con esas salidas, el caos en su interlocutor, a fuerza de hacerlo girar en el laberinto de la inteligencia?

"¡Ah, si tuviera bastante dinero para no ocuparme de escribir!", le dice a Gide. ¡Otra salida! ¿Acaso podía impedirse de escribir? La prueba es que escribía y no tenía dinero. En el fondo, lo que no le importaba un bledo era el dinero. Si hubiera preferido el dinero a su oficio, lo habría ganado; pues lo que un hombre de su poder quiere, con toda sus fuerzas, lo consigue. Pero en la vida tenemos sólo lo que merecemos. Valéry no merecía tener dinero: no empleaba las técnicas literarias, los medios adecuados para llegar a ese fin, aun cuando alardeaba de estar preocupado por él.

Se lamentaba de que ni Lucrecio ni Dante fueran franceses. "No tenemos entre nosotros poetas del conocimiento." ¿Qué era él mismo, si no eso? En él, hasta la prosa —y estaría por decir: singularmente la prosa— está toda como transida de un temblor de poesía frenada.

Cada cosa era en Valéry materia poética, es decir, tema capaz de provocar una incandescencia del pensamiento comunicable al verbo. Cada humilde cosa de la vida cotidiana le hacía señales que nosotros sólo advertíamos cuando él nos hablaba de ellas. Hasta "le pain tendre, et le lait plat". Esta chatura de la leche expuesta ante nuestros ojos no se nos ha hecho patente sino por su mediación.

Se divertía a veces en descubrirnos, con repentina y maliciosa travesura, el origen prosaico de algunos de sus mejores versos: la busca de una rima, el ir y venir del trabajo doméstico.

Un día le citaba yo un verso de *Intérieur* que me gustaba particularmente. Se recordará este poema de ocho alejandrinos:

"Une esclave aux longs yeux chargés de molles chaînes
Change l'eau de mes fleurs, plonge aux glaces prochaines,
Au lit mystérieux prodigue ses doigts purs;
Elle met une femme au milieu de ces murs
Qui, dans ma rêverie errant avec décence,
Passe entre mes regards sans briser leur absence,
Comme passe le verre au travers du soleil,
Et de la raison pure épargne l'appareil."

"Passe entre mes regards sans briser leur absence", repetía yo; adoro este verso: "Passe entre mes regards sans briser leur absence."

Paul Valéry, sonriendo con los ojos y los labios, explicó: "Es la sirvienta"... y nos reímos juntos.

¡No: no es la sirvienta; es quien a mí me dé la gana!, tenía ímpetus de contestarle. El poema ya no le pertenece a usted. Y por lo demás no es privilegio exclusivo de la sirvienta pasar "entre vos regards sans briser leur absence". Otras lo tienen. *Eau sourcilleuse,* agua azul y verde, mirada marina de Valéry, ausencia *toujours recommencée.*

¿Podía uno quejarse de "vagar con decencia" en el ensueño de semejante hombre? Ni se me hubiera ocurrido. Sin embargo, a veces me entristecía el que no oyera mi silencio, "edificio en el alma". Eso no lo hubiera alejado de sí mismo, porque allí se habría encontrado; pero este Narciso sabía prescindir de la fuente. Y a su lado se sentía uno opaco e inútil; espejo en la sombra. Había encontrado en sí mismo todo lo necesario para quererse y para odiarse: "Pocas veces me he perdido de vista; me he aborrecido, me he adorado —luego hemos envejecido juntos", dice Monsieur Narcisse-Teste. Pero ¡qué extraño Narciso! Sin

complacencias, mirándose fríamente a sí mismo, como un objeto que es necesario examinar, cueste lo que cueste, para calmar una sed inextinguible de conocimiento abstracto; a sus anchas en el rigor y en no sé qué frenesí de precisión; molesto en la facilidad; marchando a pleno sol del intelecto y buscando con bastón de ciego obstáculos que lo animen y lo fortifiquen con su presencia. Arcángel del orgullo, pero de un orgullo que se devora y se extermina sin piedad, no pudiendo alimentarse sino de sí mismo.

"Las cosas sólo me interesan con relación al intelecto. Bacon diría que ese intelecto es un ídolo." Ese ídolo es lo que yo llamo, con razón o sin ella, trampa; trampa deslumbradora. Una mujer demasiado bella difícilmente podrá menos de vivir fascinada por la Medusa de su propia imagen. El esplendor del intelecto encierra fuerzas no menos petrificantes.

A veces tenía miedo por Valéry, un miedo tonto, quizá, pero que nunca hubiera sentido por Bergson, que me parecía representar, en la otra punta del pensamiento contemporáneo, torre gemela de una misma catedral, lo que el genio francés tiene de característico: el don de expresar las cosas más sutiles, más abstractas, más complicadas e inasibles en un lenguaje tan límpido que está como tocado por la gracia de la poesía; el de llegar a las profundidades del pensamiento prescindiendo de la jerga filosófica y de la pedantería.

Sí; tenía miedo por Valéry, por nosotros, de un Valéry hipnotizado por la Medusa del intelecto. ¿No reconoce él mismo que lo que separa el espíritu —que él me perdone: yo diría la inteligencia— de todas las otras actividades acaba, y hasta empieza, por ser un punto de vista falso? Pero para él todos los puntos de vista eran falsos en la medida en que implicaban unilateralidad. De donde resulta que se puede, a lo sumo, elegir, preferir una falsedad a otra con conocimiento de causa. Pero ¿se puede elegir, preferir con plena libertad? La elección, la pre-

ferencia, ¿no están condicionadas por el temperamento y las aptitudes innatas? Siempre los mismos problemas.

Estos pensamientos-estribillos me obsesionaban después de cada encuentro con Valéry. Yo veía en él el más perfecto símbolo de Europa, de su preeminencia, de su cultura, de su hechizo, de su calidad, de su exactitud soberanas. Y no digo exactitud al azar. Lo que hace la elegancia de un traje es que corresponda exactamente al cuerpo que lo lleve. El sobrar o el faltar destruyen la armonía de la más bella creación. En esta materia el más o menos no es admisible. Y quienes se contentan con él, quedan descalificados en lo que se refiere a la elegancia. La de Valéry era tan perfecta, que no usaba ninguna palabra de la cual no pudiera afirmarse que era justamente la que más le sentaba y le convenía en cada ocasión. Las palabras salían de su pluma como recién cepilladas, y no había peligro de ensuciarse los dedos tocándolas. La elegancia de Valéry (desearía encontrar un término menos manoseado) era inimitablemente europea; qué rústico, qué torpe era uno junto a él. Se sentía algo así como una molestia en la bocamanga de todas las expresiones: a unas les faltaba el género y nos daban un aspecto mezquino; el corte de las otras era tan poco nuestro, que al usarlas tomaríamos traza de imbéciles. Desventaja y fealdad de los trajes de confección, frente a los que han sido hechos a medida y probados repetidas veces.

Doble prestigio de un gran pensador y artista y de un país maravilloso que se reforzaban, se mezclaban, se encendían al contacto uno del otro. Valéry y Francia. Valéry y Europa tras él, hasta la línea del horizonte; esa Europa que yo entreveía de pronto a través de Valéry:

"À travers ses doigts nus dénoués de l'humain..."

Este espectáculo es lo que me desasosegaba. Y sobre todo esos dedos desnudos *desatados de lo humano.* ¿Qué significaba su declara-

ción: "Las cosas del mundo sólo me interesan con relación al intelecto" sino eso, ese extremo desatarse? Nada más *humano* que el intelecto, puesto que es lo que nos distingue principalmente de los animales, no lo ignoro. Pero esa facultad se vuelve inhumana si se empeña en desentenderse o renegar de las percepciones de la sensibilidad, de la intuición, modo distinto de conocimiento en seres que proceden por no sé qué sentido casi divino o casi animal de la orientación.

Pero entramos ya en un terreno en que Valéry no nos acompañaría, en que le repugnaría pisar. Alguna vez ha hablado de una "filosofía trivial y espontánea que se desprende del choque de los acontecimientos... producto simple, *tonto como todo lo que es sincero y natural...*" Y de otra filosofía que es sólo lujo y literatura, dice. No es el hecho de que Valéry prefiera una de estas filosofías a la otra, o de que no acepte en definitiva ninguna, lo que llega a desmoralizarnos en un hombre de su talla intelectual. Es cierta manera de poner sin apelación el rótulo de tontería a todo lo que brote de una fuente descubierta por sistemas de rabdomancia que le repugnan.

Existe gran diversidad de formas entre las plantas. La actitud abrumada del tierno sauce llorón no es la de la palmera, severa columna parda coronada de verde alegría; nuestro ombú se alza al cielo con redondez maciza de coliflor, y el ciprés como aguja de campanario; la lagestremia tiene el ondear de la llama —y de los Grecos— en su madera dura y lisa, erguida hacia las alturas; las ramas del aguaribay caen con todo el peso de una cabellera espesa, fina y sombría. El monólogo de los árboles, dirigiéndose en todos los climas a sus dos eternos confidentes, la tierra y el cielo, emplea hojas, troncos, ramas, flores, espinas, frutas, cortezas diferentes para decir la misma cosa. Tierra y cielo comprenden y responden. No se dejan sorprender, escandalizar, fastidiar o desorientar por la increíble variedad de actitudes de que son capaces las plantas.

Estas diferencias ¿estarán vedadas a los hombres so pena de conflictos o malentendidos? El hombre-palmera ¿podrá acusar de tonto al hombre-sauce por ser llorón?

Yo me refugiaba a menudo en el mundo vegetal y en el de las analogías consoladoras que me ofrecía, para huir del anonadamiento en que me precipitaban algunas observaciones de Valéry. Nunca sabrá él todas las energías que yo desplegaba para resistir el poderoso soplo de un pensamiento que no tenía contemplaciones con mis raíces. Por suerte me protegía mi debilidad de junco flexible.

Yo no podía crecer sobre la tierra, hacia el cielo, sino en una actitud distinta de la suya. Y temía que lo notara demasiado. A su lado, contenía la respiración de mis hojas. Escuchaba en silencio el milagro de ese gran árbol y estaba como "ivre de son tangage".

Una tarde de primavera agridulce, la última antes de la guerra, Valéry me leyó su *Cantate du Narcisse*, inédita aún. Era en Versalles, en el jardín del Hotel del Gran Trianon. Elegimos un lugar solitario; nos sentamos en un banco. "¿Está usted seguro de que no va a tener frío?", le dije. Me parecía tan lleno de vida pero tan frágil en su sobretodo. "¿No se va a resfriar?" insistí.

Y todo el tiempo que duró la lectura sentí esa aprensión.

Adieu, mon Ame, il faut que l'on s'endorme:
Le temps finit d'être de forme en forme
Force, présence et noble mouvement...
Et vous, Beau Corps, claire Idole de l'onde,
Voici pour vous le dernier jour du monde
Où rien de pur ne pare qu'un moment.

Son los últimos versos que escuché de su boca. La caída del sol nos echó del parque. El Hotel del Gran Trianon, las avenidas solitarias, el castillo pasaron ante nuestros ojos distraídos con menos realidad que en un film. El Sena con sus puentes, París con sus calles se acercaban insensiblemente y nos rodearon de golpe. Ya no sé si hablamos, ni de qué. Yo pensaba en Valéry, junto a Valéry. No preveía nada más serio para él que un resfrío. No tenía ningún presentimiento.

Pocos días después (por lo menos en mi recuerdo), habiendo salido, una mañana, con Valéry, me propuso entrar en Notre-Dame para ver los nuevos *vitraux*. "Como tenemos tiempo...", dijo. He olvidado por qué teníamos tiempo y adónde íbamos. Y sin embargo cada encuentro con Valéry era para mí un acontecimiento.

Entré con él en la catedral. Me asombró el no estar más asombrada, pues estaba viviendo un cuento de hadas. Habiendo soñado durante toda mi adolescencia con acercarme a esos príncipes que eran para mí los hombres de letras, aquí me encontraba, en el corazón de París, de Francia, de Europa, del mundo, yo, venida de tierras distantes y que había hecho tan poco para merecerlo, en compañía de un rey; ese rey me servía de guía. Paul Valéry me está enseñando esta mañana Notre-Dame, decía yo a esa lejana adolescente que se trepaba, sin perder el aliento, hasta las gárgolas de las grandes torres. Paul Valéry, Notre-Dame, ¿me oyes? Pero a mi compañero ni una palabra de esto. Hubiera salido con alguna historia de cactus o de sirvienta. No iba a permitir a Paul Valéry que me echase a perder a Paul Valéry esa mañana.

"La expresión de un sentimiento es siempre absurda", pensaba Monsieur Teste. Y yo no tenía otra cosa que ofrecerle en la penumbra de Notre-Dame: una buena tajada de absurdo.

Nuestros pasos resonaban en el silencio, y yo miraba a Valéry de reojo:

"Après tant d'orgueil, après tant d'étrange
Oisiveté..."

La expresión de ese orgullo vuelto contra él mismo ¿en qué era menos absurda que la de un sentimiento?, pensé no sin rebeldía.

"Confieso que he hecho un ídolo de mi espíritu, pero no he encontrado otro. Le he llevado ofrendas e injurias." Un ídolo ¿no es siempre absurdo? ¿Y las injurias? ¿Y las ofrendas? Reduzcámoslo todo a estricto buen sentido y la vida resultará intolerable. Por lo demás ¿no se pretendió, en nombre del buen sentido, que la tierra era plana?

Con la cabeza echada atrás, mirábamos los *vitraux*, y yo lanzaba contra Valéry mis silenciosas invectivas, por no atreverme a decirle en alta voz mi admiración conmovida.

Agazapada en el fondo de esa admiración, comprendía que él me abandonaba en ella una vez puestas las esposas. Difícilmente hubiera podido hacer un ademán, o pronunciar una palabra que tuviese correspondencia directa con lo que yo sentía, con lo que yo era.

Y sin embargo hablábamos como un par de amigos que se entienden, pero uno de los cuales oculta al otro, por decoro, que le duele la cabeza, las muelas... o el corazón.

Tales eran, en junio de 1939, la alegría y el sufrimiento que el genio de Valéry infligía, sin saberlo, a una de sus admiradoras y amigas más fervorosas.

La guerra vino brutalmente a interrumpir nuestros encuentros y proyectos de viaje que debían traer a Valéry a esta tierra.

En los "Extraits du log-book de Monsieur Teste" leemos esta "oración particular": "Doy las gracias a esta injusticia, a esta afrenta que me ha despertado y cuya viva sensación me ha arrojado lejos de su ridícula causa, dándome también la fuerza y el gusto de mi pensamiento, de tal modo que al fin mis trabajos se han beneficiado con mi cólera; la indagación de mis leyes ha aprovechado el incidente."

La última guerra ha sido más que un incidente en la vida de Valéry. Debió de herirlo mortalmente. Pero creo que surgió de ella —así, por lo menos, lo he sentido a través de nuestra correspondencia— un ser a quien podía uno atreverse a expresar sentimientos. Valéry descendió hasta nosotros. Tanto mayor su grandeza.

El 17 de junio de 1940 me escribía en una carta encabezada con estas palabras: *Jour de malheur*:

"Sin embargo, no puedo menos, a través de mi desesperación, de sentir relámpagos de potencia espiritual, breves señales de energía que me tienden hacia el propósito de emplearme en hacer que renazca la luz de mi país. La extrema desgracia ilumina todas las culpas, pero engendra en el alma fuerzas e ideas *que sólo pueden provenir de fuentes situadas en lo que todavía no es y podría ser*" (subraya Valéry).

A pesar de los océanos y de los climas, desde ese *jour de malheur* he estado tan cerca de Valéry que he llorado con él antes de llorarlo. Y esta vez lo supo.

Tratar de componer una oración fúnebre, seguida de un examen erudito de la obra de Paul Valéry, es cosa fuera de mi alcance, de mis cuerdas, o que otros están en condiciones de emprender con autoridad infinitamente mayor que la mía.

Me ha parecido honrado limitarme a referir simplemente lo que nadie podía referir en lugar mío: mis impresiones como lectora y amiga del poeta; los contradictorios sentimientos que suscitó en mí el encuentro con la obra y con el hombre que la concibió: alternativamente un

ahogarme y un maravillarme; admiración, anonadamiento, felicidad. Efectos de una de las más grandes inteligencias europeas al acercarme yo, americana un poco trémula, a ella como a un fuego que a la vez atrae y mantiene a distancia.

Valéry puede prescindir de homenajes mejor que nadie. Esto no es más que un testimonio "tonto como todo lo que es sincero y natural", quizá; tonto como una flor que se marchita fatalmente, puesto que todo, en este mundo, pasa de forma a forma. Incluídos nosotros.

Este testimonio va dirigido a Valéry mismo; más allá de la inteligencia y de la tontería, más allá de la vida. Con mi respeto, mi culto, mi ternura tan atada a lo humano. Con todo lo que en mí, mientras viva, no dejará de sentirlo vivo, no dejará de ser el lugar perecedero en que comienza su inmortalidad.

VICTORIA OCAMPO

VALÉRY COMO SÍMBOLO

Aproximar el nombre de Whitman al de Paul Valéry es, a primera vista, una operación arbitraria y (lo que es peor) inepta. Valéry es símbolo de infinitas destrezas pero asimismo de infinitos escrúpulos; Whitman, de una casi incoherente pero titánica vocación de felicidad; Valéry ilustremente personifica los laberintos del espíritu; Whitman, las interjecciones del cuerpo. Valéry es símbolo de Europa y de su delicado crepúsculo; Whitman, de la mañana en América. El orbe entero de la literatura parece no admitir dos aplicaciones más antagónicas de la palabra *poeta*. Un hecho, sin embargo, los une: la obra de los dos es menos preciosa como poesía que como signo de un poeta ejemplar, creado por esa hora. Así, el poeta inglés Lascelles Abercrombie pudo alabar a Whitman por haber creado "de la riqueza de su noble experiencia, esa figura vívida y personal que es una de las pocas cosas realmente grandes de la poesía de nuestro tiempo: la figura de él mismo". El dictamen es vago y superlativo, pero tiene la singular virtud de no identificar a Whitman, hombre de letras y devoto de Tennyson, con Whitman, héroe semidivino de *Leaves of grass*. La distinción es válida; Whitman redactó sus rapsodias en función de un yo imaginario, formado parcialmente de él mismo, parcialmente de cada uno de sus lectores. De ahí las divergencias que han exasperado a la crítica; de ahí la costumbre de fechar sus poemas en territorios que jamás conoció;

de ahí que, en tal página de su obra, naciera en los estados del Sur, y en tal otra (también en la realidad) en Long Island.

Uno de los propósitos de las composiciones de Whitman es definir a un hombre posible —Walt Whitman— de ilimitada y negligente felicidad; no menos hiperbólico, no menos ilusorio, es el hombre que definen las composiciones de Valéry. Éste no magnifica, como aquél, las capacidades humanas de filantropía, de fervor y de dicha; magnifica las virtudes mentales. Valéry ha creado a Edmond Teste; ese personaje sería uno de los mitos de nuestro siglo si todos, íntimamente, no lo juzgáramos un mero *doppelgaenger* de Valéry. Para nosotros, Valéry es Edmond Teste. Es decir, Valéry es una derivación del Chevalier Dupin de Edgar Allan Poe y del inconcebible Dios de los teólogos. Lo cual, verosímilmente, no es cierto.

Yeats, Rilke y Eliot han escrito versos más memorables que los de Valéry; Joyce y Stefan George han ejecutado modificaciones más profundas en su instrumento (quizá el francés es menos modificable que el inglés y que el alemán); pero detrás de la obra de esos eminentes artífices no hay una personalidad comparable a la de Valéry. La circunstancia de que esa personalidad sea, de algún modo, una proyección de la obra, no disminuye el hecho. Proponer a los hombres la lucidez en una era bajamente romántica, en la era melancólica del nazismo y del materialismo dialéctico, de los augures de la secta de Freud y de los comerciantes del *surréalisme*, tal es la benemérita misión que desempeñó (que sigue desempeñando) Valéry.

Paul Valéry nos deja, al morir, el símbolo de un hombre infinitamente sensible a todo hecho y para el cual todo hecho es un estímulo que puede suscitar una infinita serie de pensamientos. De un hombre que trasciende los rasgos diferenciales del yo y de quien podemos decir, como William Hazlitt de Shakespeare, *He is nothing in himself*. De un hombre cuyos admirables textos no agotan, ni siquiera definen, sus

omnímodas posibilidades. De un hombre que, en un siglo que adora los caóticos ídolos de la sangre, de la tierra y de la pasión, prefirió siempre los lúcidos placeres del pensamiento y las secretas aventuras del orden.

JORGE LUIS BORGES

VALERY Y SUS TEMAS

A menudo se juzga por modo inadecuado al gran escritor que acaba de desaparecer cuando se le considera en la propia condición de escritor, quiero decir en calidad de hombre que deseara y persiguiera una carrera literaria.

Cabe decir que se plantea mal el problema siempre que se compare a Paul Valéry con quienes, entregados a sus inspiraciones y tentaciones, se abrieron al favor del público y de la gloria. A él no le impulsaron, por cierto, los móviles acostumbrados que inducen a los escritores a manifestarse en sus obras y a publicar.

En repetidas ocasiones declaró el desinterés que en lo tocante a las letras experimentara en la primera parte de su vida, y la especie de interés anormal que suscitó en él más adelante el ejercicio de la poesía.

Y ello a tal punto, que cuando el autor de *La Jeune Parque* conoció, a causa de este poema, la brusca e inmensa celebridad de que se guarda memoria, siguió en su preferencia y encarnación personal del secreto *Monsieur Teste*.

Con todo, apenas si llama la atención de las gentes ese Valéry primero, joven y tenaz, el ignoto, pero el verdadero, cuyas particulares disposiciones, como se consienta en sondearlas, explican toda la obra por él llevada a cabo en la cabal extensión de sus días.

Y, a la verdad, no dejó de intentar la justificación de su paradójica postura de escritor renuente a escribir. Empezó desenvolviéndola, de manera simbólica, a partir de *La Soirée avec M. Teste* y en las mismas

páginas de ella, donde nos ofrece, en propios términos, una confesión intelectual.

Posteriormente, en hartas páginas que tratan de literatura o de la psicología del artista, en el tono más directo y, por otra parte, sin ninguna preocupación de convencer o de llevarse a nadie en pos de sus huellas, no cesó de trazar de nuevo la singular aventura intelectual en que se había empeñado y que seguía fascinándole a través de la necesidad, venida tardíamente, de publicar aún. Jamás echó en olvido la demarcación, entre las verdaderas vocaciones de escritores, de la extraña suerte que debía a la dirección que se había impuesto.

Y a propósito de *La Jeune Parque*, venturosa falla en su duro albedrío, reemprendió la curva en toda su longitud, aunque fuera mejor nombrarla línea recta de su curiosidad.

El muy destacado texto *Fragments des Mémoires d'un Poème*, exento de todo propósito inductor, parece hoy, sin embargo, después del tránsito de ese grande espíritu, su último y noble alegato, su altivo testamento intelectual.

A pesar de tanta copia de explicaciones y justificaciones, ¿no llegan a serle reprochados algunos de sus dichos, o, siquiera, no se procede a repetir algunas de sus palabras con la intención acaso vacilante, pero notoria, de volverlas contra quien las profirió?

Quisiera referirme a una de éstas, y precisamente porque toca al problema de las preocupaciones valerinas, a la vez que permite adentrarse en su sentido.

Se ha traído y llevado una confesión de Paul Valéry en que ha querido verse una especie de cinismo si no de desdén chocante hacia el arte de escribir: la de que casi todas sus obras publicadas son efecto de encargos venidos del exterior. Así pues, nunca Valéry habría escogido sus temas; ninguno de sus asuntos le hubiera venido en gana, todos le habrían sido indicados, impuestos, objeto de pacto: lo que fuera, ciertamente, negación de inspiración, del desinterés y la gratuidad del arte... Ya, al parecer, se elimina el motivo de la eclosión, el misterioso por

qué al cual la obra debe tan gran parte de su atractivo y de su precio.

Entre el tema libre y espontáneo y el aceptado de fuera, entre la inspiración y el encargo, ¡qué abismo! Un abismo que se nos antoja separar, a un lado, toda la nobleza, y al otro todo el mercantilismo.

Pero oigamos a quien, desde ahora en adelante, habla por la sola voz lejana y absoluta de lo impreso.

Y empecemos por retener que Valéry, aun desde que finalmente se diera al partido de hacer como todos, escribiendo y publicando, conservó de sus antiguas renuencias el desdén cabalísimo de gustar; jamás abrigó la menor intención de persuadir o inclinar a quien le leyese: veía "*d'abord dans le jeu de viser l'esprit des autres la certitude de perdre son âme, je veux dire la liberté, la pureté, la singularité et l'universalité de l'intellect*".

En pos de la propia selección del tema, se desprende de él, se desea imponerlo, comunicarlo, alcanzarle audiencia y adhesión. No convenía eso a Valéry, quien sólo quería, sobre un tema dado, ejercitar ciertas facultades de atención y vigilancia; el único menester que le importaba era el de soltar el resorte, comunicar el impulso, hacer funcionar el mecanismo intelectual que provocaba el choque, el hallazgo, el ahondamiento de cualquier idea. "*Comment plaire et se plaire?*", decía; y en toda circunstancia prefirió gustar a severas observaciones interiores cuyo final objetivo era el de alcanzar de sí el mayor grado posible de conciencia.

Gustarse: entiéndase bien esta palabra, que sólo cobra sentido elevado cuando quiere decir, como en el pensamiento de Valéry, inspeccionarse, guiarse, exigirse, sobrepujarse. ¿No es ése el mismo sentido del filósofo griego que respondía, a quien le interrogara sobre el medio de sus conocimientos: —Me registro—? De esta suerte una obra, una idea, se convierten en puros pretextos, sometidas a un fin al que no sabrían alcanzar. Se limitan a servir de campo de experimentación para la tentativa más anti-inspirada posible y que el poeta define en estos términos: "*Essayer de retrouver avec volonté de conscience quel-*

ques résultats analogues aux résultats intéressants ou utilisables que nous livre le hasard mental". No son, pues, sino temas, y, por lo demás, bastante indiferentes en sí mismos y de carácter equivalente o intercambiable en un sistema de construcción interior, en que el tema "concha" no es achicado por el tema "Goethe": uno y otro son puramente unos "*moyens qui n'ont que des valeurs instantanées, des effets de position*".

Así considerado el tema, cuanto menos se le escoja tanto más el autor recobra su libertad interior, tanto más puede gustarse y satisfacer sus gustos de rigor y perfección. Cuando mayor sea el esfuerzo desplegado para doblegar un tema extraño al verdadero objeto de su reflexión, tanto mayor será el beneficio que reporte, única recompensa a la que Valéry concede algún precio: la modificación y aumento secretos y severos de sí mismo: "*Les œuvres, dans mon système, devenaient un moyen de modifier, par réaction, l'être de leur auteur, tandis qu'elles sont une fin dans l'opinion générale*".

Si el tema de una obra, pues, le parece eminentemente inestable y susceptible de una infinidad de sustituciones, ¿por qué, entonces, empeñarse tanto en él, por qué, muy especialmente, otorgarle una necesidad que ni en el menor grado posee? El valor de una idea se halla en el ejercicio que propone al espíritu, en los múltiples rodajes que utiliza cuando se trata de justificarla, de revolverla, de explotarla y de expresarla.

El tema, para Valéry, es la ocasión para aplicar cierto método que combina el arte de pensar y el de expresar.

Advirtamos, por otra parte, que entre los dos veneros normales de la actividad literaria, el encargo y la influencia, el encargo, estimado desde cierta atalaya, es el más sano. En tanto que la influencia encauza y aprovisiona, el encargo nos deja desconcertados, desprovistos, tal cual vez hostiles, y, de todas formas, nos obliga a dar mucho más de nosotros mismos y se acompaña de límites y sujeciones sin los cuales entiende Valéry no existir arte verdadero.

La perfecta probidad intelectual condujo a Valéry a las servidum-

bres inherentes al encargo; y, por pudor, presentaba lo que para él había venido a ser un principio de producción, como simple ocurrencia.

Según la misma probidad que le permitía aceptar cualquier tema ofrecido por iniciativa ajena, descartó definitivamente algunos en que muy fácilmente es posible afectar profundidad. Uno de los que se negó a tratar, salvo en su valor mítico, es el de la muerte. Siempre es cosa hacedera, dijo un día, reunir unas letras del alfabeto, y ello no es más que una palabra que no encierra precisión alguna, ni siquiera idea alguna. Y no hay derecho a tratar esa palabra como si fuese una idea, ni a abusar de esa seudoidea extrayendo de ella tanto más provecho fraudulento, tantas más equívocas modulaciones cuanto en mayor vaguedad permanezca. Lo que no impide, añadió sonriendo y señalando sus carpetas de papeles inéditos, que tenga ahí unos diálogos sobre la inmortalidad. Pero, en realidad, entendía que fuera de las soluciones religiosas, en que no creyó, lo único que de la muerte puede afirmarse es precisamente esa ignorancia, y que a expresar tal convicción se ceñían las posibilidades del tema. Hoy el grande, el puro, el lúcido Valéry, entrado en la muerte, ni siquiera sabe ya que nada sabe de ella.

E. NOULET

(*Traducción de José Carner*)

A P U N T E S

a J.-P. M.

El advenimiento de una persona eminente cambia en seguida la atmósfera, las condiciones y los postulados. Así fué cuando apareció Paul Valéry al final de la primera guerra. La obra de un hombre de tal calidad no trasforma sólo el presente sino el pasado. Mientras va avanzando, el mundo se muestra sin cesar exigente con él, y hasta lo critica: su propia medida es más severa.

* * *

La herencia que deja Valéry es mayor de lo que se cree. Se ha ido sin haberla entregado toda. Como su Leonardo "laissant les débris de quelques grands jeux", aparecerá distinto y nuevo. El Valéry oficial y el "autor difícil" se desvanecerán, y resaltará el solitario que fué: un hombre que durante toda su vida mantuvo en esfuerzo continuo su pensamiento. (Los profundos surcos de su faz lo atestiguaban. Recuérdense los versos que escribió bajo su retrato:

Que si j'étais placé devant cette effigie
Inconnu de moi-meme, ignorant de mes traits,
A tant de plis affreux d'angoise et d'énergie
Je lirais mes tourments et me reconnaîtrais.)

¿Quién era Valéry? Un joven de veinticinco años, tímido, riguroso, orgulloso, cuya palabra daba la sensación de peregrina fuerza espiritual con intuiciones audaces e incalculables promesas. Un hombre de treinta y cinco años que aparentemente se pierde en un callejón sin salida. El de cincuenta irrumpe al mundo como uno de los grandes poetas y prosistas de su lengua. A los cincuenta y cinco es un autor célebre, escondido tras su gloria, hombre de mundo que no siempre se pertenece a sí mismo (pero, en el fondo, ni él cambió ni se modificaron los rasgos de su letra), siempre encantador con su tristeza, su cortesía, la ingenuidad de su raro espíritu, y su entera llaneza. Su atmósfera no era respirable para todos. Pero lo que dijo de Mallarmé a él mismo puede aplicarse: "il s'était assuré, sans les rechercher, des fidélités extraordinaires."

* * *

Lo vi por última vez en Ginebra, en diciembre del 39, con ocasión del tricentenario de Racine, y por primera vez a fines del 22, en Zurich, cuando habló sobre Europa como función y la definición del *homo europaeus.* Inmediatamente sentí que durante años y años me empeñaría —si fuera posible— en satisfacer su espíritu.

* * *

Desde 1900, Valéry, ya casado, vivió en el piso superior al de Berthe Morisot, cuñada de Manet. En este piso Mallarmé había dado su conferencia sobre Villiers ("Un homme au rêve habitué, vient ici parler d'un autre qui est mort"). En el salón, encima del piano, figuraban la gran edición del *Corbeau* de Poe, ilustrada por Manet, y un magnífico Racine impreso por Bodoni. En un cajón de una cómoda, junto a la entrada, dormían, rara vez sacadas a la luz, las pruebas del *Coup de Dés.* (Cuando se vieron por última vez, pocas semanas antes

de la muerte repentina de Mallarmé, el maestro consultó a su amigo sobre algunos pormenores de aquel temerario experimento.) Valéry pausadamente hojeó las grandes páginas, compuestas casi al modo de una partitura, y señaló unas salpicaduras en el papel: "Voyez, des gouttes tombées des bougies de Mallarmé." En el angosto despacho —los estantes cargados de paquetes de apuntes, el suelo cubierto de libros, a menudo indeseables, que le habían sido dedicados— se hallaba la fotografía de Mallarmé y Degas que Valéry menciona en su libro sobre el pintor.

Una vez al despedirnos exclamó: "Quoi, vous avez été à Paris, et vous n'êtes pas allé Rue de Rome!" Allá, en la casa de Mallarmé, el muchacho recién llegado de su provincia meridional había hecho, la noche de un martes, su primera visita, y ante la reunión contestó a las palabras de Mallarmé. "Et, ce qui était assez rare, un colloque s'installa." Valéry lo dijo con tierno orgullo.

* * *

Le gustaban las evoluciones lentas, lo orgánico, lo constante. La época en que vivimos era propicia a suscitar tales consideraciones. Su memoria parecía haber abandonado conceptos que, después de mucho tiempo, frescos y descansados, volvían a la luz. Valéry se complacía en la "lentitud maternal de la naturaleza". Su ritmo personal parecía haberlo predestinado a una vida más larga. Una de sus poesías más bellas se refiere a ese ritmo y a la paciencia.

La finísima cortesía de Valéry muy pocas veces dejaba ver que era de carácter impaciente. Pensaba demasiado intensa y rápidamente para no serlo. "Je tiens cela de ma mère, femme nerveuse, impatiente Nous nous sommes toujours querellés, sur des petites choses, des heures de visite, etc., jamais sur les grandes. C'était le diamant qui use le diamant."

Como ella, decía a menudo: "Estoy harto de todo." Pero lo que

siempre de nuevo le salvaba del tedio de la vida era su curiosidad empírica.

* * *

Durante nuestra primera conversación habló así: "Il y a deux sortes de scepticismes. L'un tres fréquent, surtout en France, superficiel, ne touchant pas aux problèmes — et qu'il ne faut pas confondre avec l'autre, le vrai. Dans les vieux livres scolaires figurait une anecdote de la vie du Maréchal de Saxe. Quelque part en campagne il doit faire mettre des fers à son cheval. Un maréchal ferrand les lui apporte; le prince en saisit un et de sa main le rompt. On lui en apporte d'autres, plus forts, et à chaque fois le même geste se repète. Ainsi, —concluyó Valéry— "l'esprit vraiment sceptique cherche des arguments assez forts pour lui resister, égaux à sa propre force, et n'en trouve point."

Otra vez afirmó: "Qui invente se souvient." Goethe pensaba lo mismo.

* * *

Valéry vivió muchos años bajo una nube de peligros amenazadores. Nació en 1871, fecha de la Derrota y de la Commune, y ha muerto al final de los años más terribles. Lo que escribió poco después de la primera guerra mundial es hoy más que nunca significativo para su amada Europa: "L'orage vient de finir et cependant nous sommes inquiets, anxieux, comme si l'orage allait éclater, presque toutes les choses humaines demeurent dans une terrible incertitude. Nous sommes une genération très infortunée à laquelle est échue de voir coincider le moment de son passage dans la vie avec l'arrivée de ces grands et effrayants évènements dont la résonnance remplira toute notre vie. On peut dire que toutes les choses essentielles de ce monde ont été affectées par la guerre. Mais parmi toutes ces choses blessées est l'esprit."

El presentimiento de las catástrofes inminentes llegó a su madurez en los ensayos —tan importantes— que denominó "metapolíticos". En

ellos las generaciones futuras, si se dignan ocuparse de nuestra época, podrán hallar una justísima "proyección" de la primera mitad de este siglo. Valéry, en efecto, tenía el don del gran diagnóstico. Eran sensibles sus antenas a las oscilaciones más lejanas. Durante dos décadas, entre las dos guerras, se esforzó por salvar la independencia del espíritu. Concebía al europeo erguido sobre el "Cap Pensée". Esta fué su propia actitud.

* * *

En las primeras horas de la mañana, refrescado por un brevísimo sueño, fortificado por la pureza del día aún intacto, se condentraba en sus notas. Pocos le habrán igualado en la descripción del alba, del "Paso a la Aurora", de la vida temprana. El "devenir" fué el espectáculo que jamás lo cansó. (Ejemplo, entre otros famosos pasajes de su obra, el incomparable poema en prosa "Comme le temps est calme", el tercero de su "ABC".)

* * *

Los joemas en prosa destinados a formar un tomo de sus "Obras" son poco conocidos. Entre ellos el "ABC", revisado muchas veces, quizá inconcluso, publicado sólo fragmentariamente, fué concebido como severa arquitectura. Las veinticuatro letras de este alfabeto debían corresponder a las veinticuatro horas del día.

* * *

Lo que Valéry escribió sobre sí mismo, su maestro, su retorno tardío a la poesía constituye en conjunto una autobiografía incompleta de extraordinaria calidad. Nada nos instruye tanto sobre la cosa poética como los testimonios de los poetas mismos. Verdad es que ninguna época

posee como la nuestra testimonios tan reveladores. Algunos de los más elevados se los debemos a Valéry.

* * *

Los modos de interrogación definen el rango de los hombres. En el método de Valéry para colocarse ante los problemas y formular sus preguntas había algo helénico. Preguntas tan hondas, originadas en necesidades personalísimas y expresadas tan directamente que han ganado validez universal. Su temperamento no fué menos individual que su espíritu. (Y no hemos dicho nada de la "persona" a quien tanto queríamos.)

HERBERT STEINER

LAMPARILLA A PAUL VALÉRY

Le tenía miedo. Como se lo tenemos todos los vacilantes, los inseguros, los imperfectos de nacimiento a los pocos —¡y qué pocos!— hombres así, que la han conocido a Ella —aunque lo nieguen siempre, porque son fatalmente modestos— en alguna de esas auroras que a nosotros nunca nos amanece, porque no sabemos encontrarla por ninguno de sus accesos, ni por la vela ni por la madrugada. A ella, a la perfección, desesperadamente amada en todas las lenguas del mundo, que sólo llegan a su más, cuando atinan con el poema que le gusta. ¡Cuántos poemas le escribió Valéry, cuántos "poemas para ella"! Diva altanera, la casi inasequible, a fuer de diosa sólo se ha consentido una debilidad con algún mortal que otro, de siglo en siglo. Y nunca se rindió a los líricos jarifos, a los *guapos* en verso, a los Don Juanes castigadores —un tal Byron, un tal Victor Hugo, un tal D'Annunzio—; ella ha escogido para sus fugaces martelos en la tierra a los amantes pacientes y absolutos, a los enfervorados, callados devotos, culto diario, sin golpe de pecho, ni misa cantada, como era este que acaba de no morir —digan lo que quieran los periódicos— Paul Valéry, poeta de Francia.

Matilde, tan amiga de Don Pablo, —así le gustaba a él que le llamaran sus conocidos españoles— quiso llevarme a casa del poeta, muchas veces. "Que tienes que venir a casa de Valéry; que quiere conocerte." "Que no, Matilde, que no." (Pensaba yo por mis adentros con mi buen sentido castellano: "¿Para qué va a querer conocerme a mí, Paul Valéry?") Y en éstas, en los "que sí" de ella, en los "que no" míos, se pasaron meses, y años, mucho tiempo. "¿Por qué sois tan salvajes los españoles?", me decía Matilde, como si no nos conociera. Pero el caso

es que estaba Valéry tan perseguido, tan acosado, tan cercado, por una grey heterogénea, por un surtido de admiradores de cien layas, excelsas damas, turibularios, poetas barbiponientes, pazguatos, lectores de tres mundos, y hasta profesores de lenguas románicas y periodistas, que eso de ir a verle removía en mi incipiente querencia de poeta sudor análogo al del mancebo a quien se le propone ingresar en el camerino de la bella —que él viene a ver todas las noches desde su butaca, enamorado— y acercarse a su bulto divino, y hasta —¡terror supremo!— tocar su mano, de otro mundo. (Y cuidado que en esto Valéry jamás se hizo reo de pecado, ni siquiera venial, de teatralidad o histrionismo; su elegancia natural, su vigilante inteligencia, le ceñían, aun en medio del ruedo de boquiabiertos y zalemistas, de un aura defensiva que le guardó siempre intacta su auténtica sencillez.)

Tantas y tantas veces se repitió la historia, cada vez que yo caía por París, Matilde que insiste, yo que me empeño ("¡Pero qué salvajes sois los españoles!") que picó en leyenda, y Valéry se enteró, y según parece le divirtió mucho. La misma Matilde me trajo el cuento de cómo me llamaba Don Pablo: "Le poète espagnol qui ne veut pas me voir." ¡Qué vergüenza, pero qué vergüenza! ¿Cómo verle, después de eso, cuando mi única razón de existir ante él era precisamente mi tesonería en no querer verle? Pero ¿a mujer porfiada, qué terquedad hay de hombre, que no se rinda, por las buenas o por las malas? Y le vi. (¡Gracias a Dios!) Y a Matilde, la burladora, que me engañó miserablemente.

Fué en un junio agraz de París, donde todos los engaños son posibles porque ya se abren desde las diez de la mañana los tingladillos de títeres en el primer tramo de los Campos Elíseos. El Sena camina entre dos clasicismos; a una margen las columnas del Louvre y en la vera de enfrente el otro Pórtico, Pascal, Racine, Boileau, La Fontaine; no se alzan en el aire, sino que bien juntos en el cajón del *bouquiniste* celebran callada sesión perpetua de una eterna Academia Francesa: ediciones de Hachette, segunda, tercera, cuarta mano, que unos escolares traen a ven-

der, que otros vienen a comprar, como en ritos procesionales a la divinidad del bachillerato, la *clarté française*. Francia, entre Notre-Dame y la Concorde, está completa: la vena del vivir, que no para, caudal del río, agua, Naturaleza lenta y honda, sí; pero ¿cómo iba a saber ella, la pobre Naturaleza, todo lo que lleva dentro, si no se la hubieran estado pensando, en las dos orillas, máximas y ojivas, columnas y alejandrinos? ¿Si ella, la densa agua natural, no se sintiera acrecida por algo que le viene del espíritu del hombre, a asegurarla de que ya no va a desembocar en el mar, donde todo se pierde, sino en la sabiduría, donde todo se gana? El mar de la vida.

"Madame X. quiere que vayamos mañana a tomar el *cocktail* con ella, a su casa. Ven a buscarme a las once." Y allí estaba yo, a las once en punto. Paramos un taxi y Matilde, en voz pérfidamente baja, dió la consigna al guiador. El coche, sin vacilar, saltándose todos los escrúpulos por un puente, pasó de la orilla de Abelardo a la de Offenbach, de las capuchas escolásticas a las piernas por alto del can-can. No se deslizaba tan sólo sobre el aire de París, el de dentro de sus cuatro neumáticos (porque en París hasta el aire apresado en los tubos de goma es aire de París), no. Iba por una superficie rarísima, entre líquida y etérea, como de hielo por lo fácil, como —por lo imposible— de utopía. Se deslizaba, digámoslo de una vez, por la segunda parte, viernes, la que ya vislumbra en el horizonte los gallardetes del domingo, de la primera semana de junio del año tercero de la era marcelproustiana; y por los Campos Elíseos... Corría por entre felices coincidencias de asfalto y de mitología, de análisis psicológico y de hojas tiernas en la arboleda, entre acertadísimas formas corpóreas de muchachas transeúntes por la generosa acera, de ninfas de bronce, ánimas de las fuentes que pasábamos, y de guardias con esclavina, númenes, en los cruces, del rumbo de los motores. Es cuando las arcaicas distinciones entre la materia y el espíritu se desvanecen; cuando los cuerpos no saben si se tocan o si se ven —o acaso si se sueñan—, cuando el hombre va sobre la vida sin roce ni fricción, como la voluntad juguetona de la mariposa sobre sus alas. Y a todo esto, el

contador del taxi, —*tacatá, tacatá, tacatá, tacatá*— disimulaba lo más mezquino, el ajuste de cuentas final, inevitable, tras el noble decoro rítmico del pareado de tragedia en que se dicen sus cosas Fedra y compañía, en las tablas de la Comedia Francesa. Y yo distraído, más que distraído, embobado; más que embobado, mentecato; más aún, arrobado, iba viviendo corriente abajo; abajo, sí, hasta cuando la *Avenue* a última hora abandona su llana rectitud, y escorza una coquetería, esa leve ondulación sensual, hacia arriba, flirteo con su eterno pesado Narciso, el Arco de Triunfo.

Al fin, por arrobadizo que sea uno, me di cuenta. "¿Pero, Matilde, dónde vamos? Ya hemos pasado de casa de Madame X." Matilde puso su sonrisa eginética, la de criatura sabia y antigua, señora de los secretos, y que mira bondadosa, al inocente. ¡Iluminación! Como por virtud de rayo, comprendí, y no comprendí del todo, supe y no supe. Lo sabido desde aquel momento era que yo dejaba de ser ese modestísimo personaje de las ciudades, el protagonista de una carrera en taxi, e ingresaba en la alta aventura, lo desconocido, en el rapto. Yo era un raptado, y me raptaba Matilde. Pero ¿adónde, con qué siniestro fin entre ceja y ceja? Cuando el taxi dobló la esquina de la callecita breve, recatada, y muy en cuesta, donde él vivía, todo se aclaró. La sonrisa triunfante, de Matilde, lo dijo; y en seguida su voz, dulcemente: "Vamos a casa de Valéry. Nos espera." Lo que pasó entonces por mi cara, no lo sé. En la de Matilde, al verlo, alumbró un chispo de temor. ("¿Por qué sois tan salvajes los españoles?") Pero con su gran ciencia del mundo, dijo entonces, ni más ni menos, lo que había que decir; las palabras que sólo una larga tradición de cultivo de la sensibilidad, podía dictar a este difícil momento: "Bueno... paga el taxi. Ya estamos." Años y años de costumbre, millares y millares de automatismos, (así es la vida) me empujaron a hacer lo que cumplía en aquel preciso instante: sacar el bolsillo, pagar al chófer, exagerando la propina, de pura rabia (por rebote psicológico, porque tuve ganas, a lo primero, de no darle ninguna, y me pareció una porquería que me castigué yo mismo) y entrarme en

el portal. Y yo preguntaría a cualquiera, por muy español y muy salvaje que sea: ¿Qué va a hacer uno cuando un taxi para exactamente a la boca de una casa, y el chófer detiene el contador, y mira para atrás y dice: "Voilà, Monsieur, Dame", más que eso, lo que yo hice?

Escalera noble, larga, donde la alfombra absorbe todas las vulgares materialidades de las llegadas y las idas. Dos minutos de subir. Menos mal. Transición, tiempo para el *cooling off*, como dicen en *Los Estados*. Matilde callada. La criada abrió sin ruido una hoja de la gran puerta. Sonrisa a Matilde, a la familiar de la casa. "Bonjour, Mademoiselle. Monsieur vous attend." ¡VOUS! Pronombre lleno de curvas perversas, en forma de lazo. Pronombre serpentino, con su nudo corredizo, la O. Lo sentí caer sobre mi cabeza, deslizarse por los hombros. ¡Cazado! Cazado en el *vous*, sin escape, por aquella *cow girl* con cofia blanca de los bordes de la selva de Bolonia. Valéry *me* esperaba. (Después de todo podía ser sólo miedo, abyecto miedo; y presunción, pura presunción, porque la palabrita quizá se refería a ella sola, a Matilde. La gramática tiene también su gramática parda, y su poquito de guasa, si se tercia.) El recibimiento era escaso y un tanto tenebroso. Nos acomodamos en un ancho banco forrado de tapiz, sin respaldar, banco cabal de antesala señora, arrimado a la pared. De tanta furia, apenas si podía yo ni ver, ni hablar. ¡Ridículo! Yo, a mis años, haberme dejado prender en una garatusa de esa especie, haberme dejado embaucar como un colegial, y que me llevaran, así, igual que se lleva a un chiquillo a casa del dentista. Me dominó el símil del dentista, por un momento tan intensamente, que un caballero, sentado al extremo de nuestro banco, me pareció otro cliente, un paciente más. Estaba muy quieto, con el gabán puesto, guantes de estreno; el rostro lo tenía ancho y con pómulos evidentes, y la piel atezada. En la falda un paquete que atufaba a cien leguas a ejemplar de edición de lujo, (con *reliure d'amateur*), el libro neófito, que traía su dueño aquí, a que recibiese muy pronto, el bautizo deseado, de la pluma del maestro, la dedicatoria autógrafa. (Y luego, ese libro, ya cristianado, pasaría los mares, e iría a alojarse en el anaquel más

ilustre de una de esas librerías que hay en aposentos espaciosos y hondos, en alguna noble ciudad de sierras, en Popayán, en Mendoza, en Guanajuato, en Mérida. Y su dueño lo enseñaría delicadamente a sus amigos en la velada, como preciosa piedra por él traída de las minas de las Indias de Europa.)

Acabé por recobrar la dicción. Y las palabras primeras que me salieron, expresión derecha, espontánea de mi furia de pobre hombre chasqueado, eran tan violentamente desusadas en aquel recinto beato de antecapilla, que el caballero ultramarino se volvió hacia mí, y con sonrisa fina, y voz queda —¿sería mexicano?— me advirtió: "Señor, creo mi deber decirle a usted, por si tienen que hablar algo reservado, que entiendo la lengua española." E inclinó la cabeza, y regresó a su pétrea expectativa. ¡Otra vergüenza, más vergüenza! Ahora ya no era Matilde, hija de las Galias refinadas, era un hermano mío, un medio hermano mío, de la otra banda, el que con cauta cortesía me lanzaba a mí, al nieto de los conquistadores, en la misma cara, y sin decirlo, el bordón famoso: "¡Pero qué salvajes sois los españoles!" ¿Hasta dónde este calvario de humillaciones? Muy pronto lo iba a ver.

Porque la puerta del despacho del poeta se abrió. La abrió el mismo Valéry. A contraluz, sobre un fondo de jardín y pintura (tenía su despacho rebosado de cuadros impresionistas) le vi esquemáticamente, reducido casi a dos trazos o tres: los huesos del rostro, firmes, definidos, lo más antiguo, la base de materia del hombre; y los más nuevos, las canas, el pelo cano, la credencial de la vida aprovechada, la seña del triunfo, la poesía. Sin saber cómo (pudo ser por sonrisa, por ademán casi imperceptible, o por pura presencia) nos invitó a pasar. (Aun recuerdo que nos dejamos detrás, en el recibimiento, una mirada de odio, la del caballero indiano, que estaba *antes que nosotros*, como se dice en las salas de espera de las consultas, y veía pasar primero que él, a los dos favorecidos, recién llegados.)

Sin sentarnos aún, apenas saludada Matilde, Valéry se volvió a mi persona, y éstas, exactamente éstas, fueron las palabras iniciales que oí

de su boca: "Enfin, enfin! Voici le poète espagnol qui ne voulait pas me voir!" Finibusterre de la vergüenza, cima del rubor, que se me subió todo a la cara, sin quedar nada dentro. Y no se abrió el suelo, y el cuarto no tenía escotillón, y no me tragó la tierra, o una máquina de tramoya. Allí solo, frente a mi bochorno. Y entonces, súbito, el milagro, la conversión. Cayó por los suelos el hombre viejo que yo era. Me rendí todo, me volví otro, acogí a ese otro con el alma entera. ¡Qué transimiento de humildad, de sencillez, de alegría! ¡Qué ganas de reírme de mí, de mi empecinada tontería de años, que ahora acaba de reventar como una burbuja punzada por la sonrisa de Paul Valéry! Sonrisa del maestro, en todo, que comprende delicadamente esa forma extraña de homenaje feroz, la timidez ante el que tiene trato con la perfección, el susto de acercarse a él. La sonrisa del que sabe más que uno, del que es superior a uno, pero que le abre, de par en par, la puerta de esa superioridad, y le hace entrar en el reino de la confianza, adiestrado por su bondad sonriente. Confianza, no se sabe en qué... Quizá, a lo mejor un día, todo puede ser... ella, la que a él tanto le ha visitado, nos roce, al pasar, la frente. Paternal sentí la fe que de él me vino, porque llegó a mí por las vías con que llega lo mejor del padre: sonreír mesurado, y enternecida mirada. Maestro, sí, aquel a quien nunca quise llamar *Maître*, como se suele, por delicadeza.

Lo demás, lo que vino después, ya no importa. Ya había sido la gran ocurrencia, la que ha acaecido tantas veces. Yo era... otro más. Una cría de Iberia, un cachorrete zahareño del león español, allí, recién domado por las artes sutiles —gracia y cálculo, agudeza y autoridad—, las buenas artes, de esa la más excelsa desbravadora de las desmandadas fierezas del hombre, Francia. (Como decíamos, cantando, de coro, en la escuela —clase de geografía elemental— la primera vez que lo dijimos: "Francia, su capital, París.") Francia, que desde hoy lo es más, más Francia, porque lleva dentro de su tierra a Paul Valéry. De hombres como él están hechas las tierras mejores. Y sus cielos.

PEDRO SALINAS

VARIACIONES DE UNA DURMIENTE

HOMENAJE A PAUL VALÉRY

LA DORMEUSE

Quels secrets dans son cœur brûle ma jeune amie,
Ame par le doux masque aspirant une fleur?
De quels vains aliments sa naïve chaleur
Fait ce rayonnement d'une femme endormie?

Suffle, songes, silence, invincible accalmie,
Tu triomphes, ô paix plus puissante qu'un pleur,
Quand de ce plein sommeil l'onde grave et l'ampleur
Conspirent sur le sein d'une telle ennemie.

Dormeuse, amas doré d'ombres et d'abandons,
Ton repos redoutable est chargé de tels dons,
O biche avec langueur longue auprès d'une grappe,

Que malgré l'âme absente, occupée aux enfers,
Ta forme au ventre pur qu'un bras fluide drape,
Veille; ta forme veille, et mes yeux sont ouverts.

I

¿Cuáles son los secretos que en su corazón quema,
Joven, mi amiga,
Alma por una máscara
Muy dulce
Respirando el aroma de una flor?

¿Con qué vano alimento
Su calor inocente
Sustenta
La irradiación de una mujer dormida?

Un alentar en sueños, un silencio:
Invulnerable calma.

¡Cómo triunfas, oh paz,
Más potente que un llanto,
Cuando la onda grave
De este dormir a fondo
Con su amplitud conspira sobre el seno
De esa enemiga!

Durmiente,
Ya un amontonamiento
Dorado por las sombras y abandonos,
Lánguida cierva larga,
Larga junto a un racimo:
Henchido está de tales dones
Tu temible descanso
Que aún con el alma ausente,
Un alma atareada en los infiernos,
Tu forma —vientre puro

Que orna cubriendo muy fluído un brazo—
Vela. Tu forma vela.

Y mis ojos, abiertos.

II

¿Mi amiga está quemando secretos de su vida,
Alma con dulce máscara que oliese alguna flor?
¿Con qué fútil materia tan ingenuo calor
Logra esta irradiación de una mujer dormida?

Soplo, ensueños, silencio, calma nunca vencida...
Eres, oh paz, quien triunfa, más fuerte que el dolor,
Cuando la onda grave del sueño y su candor
Conspiran sobre el torso de la que así me olvida.

Oh durmiente con oros de sombra y dejadez,
Tu temible sosiego te tiende tan aguda
—Junto a un racimo larga cierva con languidez—

Que, pese al alma errante por infernales puertos,
Tu forma —vientre puro que un brazo no desnuda—
Vela. Tu forma vela. ¡Y mis ojos, abiertos!

III

¿En su corazón secretos
Quema mi joven amiga,
Alma que por una máscara
Suave a una flor aspira?
¿Con qué vanas provisiones
Calor tan cándido anima
Tal foco de irradiación:
Una mujer, y dormida?
Ese alentar, los ensueños,
El silencio: ¡qué tranquila
Tregua invencible! Tú vences,
Oh paz, más que el llanto rica,
Cuando de este pleno sueño
La onda grave conspira
Con su amplitud sobre el pecho
De semejante enemiga.
Durmiente, dorado haz
De abandonos en umbría,
Oh cierva lánguidamente
Próxima a un fruto de viña:
Tu temeroso reposo
Con tales gracias gravita
—Y aunque tan ausente el alma,
Al infierno descendida—

Que tu forma, vientre puro
Que un brazo fluído esquiva,
Está velando. Tu forma
Vela. Mis ojos la miran.

IV

¿Secretos hay quemados por mi amiga,
O está oliendo el aroma de una flor?
¿Cómo, ingenua, compone el esplendor
—Radiante así — que a su desnudo abriga?

Soplos, sueños, silencio. Se desliga
La paz, triunfante más que todo ardor,
Cuando el sueño en su onda de raptor
Concierta con la piel de esa enemiga.
Durmiente aún dorada de abandono,
Cierva en delicia a par de algún racimo:
Ya está el reposo con tu forma a tono.

Ya el alma hacia el infierno de su limo,
Tu forma vela y yo me perfecciono:
Nunca a mis ojos de quererte eximo.

JORGE GUILLÉN

DOS POEMAS DE "CHARMES"

Traducidos por RAFAEL ALBERTI

I

LA FALSA MUERTE

Humilde, tiernamente, sobre la tumba hermosa,
el insensible monumento,
que de abandonos, sombras y de amor prodigado
forma tu gracia fatigada,
muero, yo sobre ti muero, caigo y me abato;

pero abatido apenas sobre el bajo sepulcro,
cuyo cerrado espacio me invita a las cenizas,
esta muerte aparente, en quien vuelve la vida,
abre los ojos, tiembla, me ilumina y me muerde,
y me llega a arrancar siempre una nueva muerte
aún más preciosa que la vida.

II

EL SILFO

Ni visto ni oído
yo soy el perfume
viviente y difunto
venido en el viento.

Ni visto ni oído,
¿soy azar o genio?
Apenas venido,
labor acabada.

¿Leído, entendido?
Al mejor espíritu
¡cuánto error promiso!

Ni visto ni oído,
el tiempo de un seno
entre dos camisas.

PAUL VALÉRY

"MI FAUSTO"

La Señorita de Cristal

ACTO II - ESCENA V

LUST, FAUSTO
(Que viene del jardín trayendo una rosa.)

FAUSTO

Aquí estoy, señorita... Tome: una rosa para usted. Pero busque pronto con qué escribir... Voy a dictar aquí... Las ideas llegan a montones.

LUST

¡Gracias, Maestro mío! ¡Qué honda frescura tiene! Quisiera uno pasarse la vida, con los ojos cerrados, bebiendo en esta flor todo lo que ofrece de suave y embriagador al rostro... ¡Oh, qué potente y qué dulce!

FAUSTO

Sí... Pero las ideas no esperan. ¿Está usted lista? Deje allí esa flor.

"MON FAUST"

La Demoiselle de Cristal

ACTE II - SCÈNE V

LUST, FAUST

(Il arrive du jardin, tenant une rose.)

FAUST

J'arrive, mademoiselle... Tenez, une rose pour vous. Mais prenez vite de quoi écrire... Je vais dicter ici... Les idées viennent en foule.

LUST

Merci, mon Maître! Elle est d'une fraîcheur profonde. On voudrait passer sa vie à puiser, le yeux fermés, dans cette fleur, tout ce qu'elle offre de suave et d'enivrant au visage... Oh! que c'est puissant et doux!

FAUST

Oui... Mais les idées n'attendent pas. Etes-vous prête? Posez là cette fleur.

LUST

Aquí tengo todo lo necesario, papel, lápices... *(se pone la rosa en el pecho).*

FAUSTO

Vamos. Voy a dictar sin orden. Las ideas no cuestan nada... La forma, sí. Pero hay que asirlas...

LUST

Ya estoy, Maestro.

FAUSTO

Bien... Bien... Pero yo... ya no estoy. (*Silencio.*) ¡Qué tarde divina...! *(Lust escribe.)*

LUST *(releyendo)*

"Tarde divina..."

FAUSTO

Pero no... No dicto... Existo. Qué tarde divina, demasiado buena, demasiado dulce, hasta demasiado bella... Ternura de la tierra...

LUST

¿Debo quedarme? ¿Quiere usted estar solo?

FAUSTO

No... Es demasiado para uno solo. Siéntese usted por ahí... Tiene que quedarse. Tiene que gozar conmigo, como yo, del olor fres-

LUST

J'ai là tout ce qu'il faut, papier, crayons... *(Elle met la rose à son corsage.)*

FAUST

Allons. Je vais dicter sans ordre. Les idées ne coûtent rien... C'est la forme. Mais il faut les saisir...

LUST

J'y suis, Maître.

FAUST

Bien. Bien... Mais moi, je n'y suis plus. *(Un temps.)* Il fait divin, ce soir... *(Lust écrit.)*

LUST *(relisant)*

«Divin, ce soir...»

FAUST

Mais non... Je ne dicte pas... J'existe. Il fait divin, ce soir, trop bon, trop doux, trop beau, même... La terre est tendre...

LUST

Dois-je rester? Vous voulez être seul?

FAUST

Non... C'est trop pour un seul. Asseyez-vous par là... Vous devez demeurer. Vous devez jouir avec moi, comme moi, de l'odeur

co de la tierra regada y de las emanaciones tan exquisitas que el fin de este día inspira a todas mis flores. Para mí, los perfumes son promesas. Promesas puras, nada más. Porque nada sobrepasa en delicia a la promesa... Sobre todo, nada hay más...

LUST

¿De veras que no quiere usted trabajar?

FAUSTO

Trabajaremos después. Es más juicioso empezar por la recompensa. Este momento es de un valor tan grande... Me posee como esos acordes de sonidos que van más allá que el límite del deseo del oído, y que hacen que todo el ser se funda, vuelva a no sé qué nacimiento de feliz confusión de sus fuerzas y de sus debilidades... Todas las cosas que nos rodean cantan. Lo más bello de este día canta antes de morir.

LUST (*con amore*)

Pero si es usted el que canta, Maestro mío... Parece usted un dios, esta tarde... Hace más que vivir... Parece ser usted mismo uno de esos momentos maravillosamente llenos de todos los poderes que se oponen a la muerte. Su rostro, a esta hora, es el más bello de sus rostros. Propone a la rica luz del poniente lo más espiritual y lo más noble que ella pueda iluminar. No, yo nunca lo había visto a usted, puesto que nunca le había visto esa soberbia dulzura y esa mirada más grande que lo que se ve... ¿No será que... se va usted a morir? Sus ojos parecen contemplar el universo por medio de este jardincito que

fraîche de la terre arrosée et des émanations si précieuses que la fin de ce jour inspire à toutes mes fleurs. Pour moi, les parfums sont promesses. Promesses pures, rien de plus. Car rien ne passe en délice la promesse... Surtout, rien de plus...

LUST

Vous ne voulez vraiment pas travailler?

FAUST

Nous travaillerons plus tard. Il y a de la sagesse à commencer par la récompense. Ce moment est d'un si grand prix...Il me possède comme ces accords de sons qui vont plus loin que la limite du désir de l'ouïe, et qui font tout l'être se fondre, se rendre à je ne sais quelle naissance de confusion bienheureuse de ses forces et de ses faiblesses... Toutes choses qui nous entourent chantent. Le plus beau de ce jour chante avant de mourir.

LUST *(con amore)*

Mais c'est vous qui chantez, mon Maître... Vous paraissez un dieu, ce soir... Vous faites plus que vivre... Vous semblez être vous-même un de ces moments merveilleusement pleins de toutes les puissances qui s'opposent à la mort. Votre visage, à cette heure, est le plus beau de vos visages. Il propose à la riche lumière du couchant ce qu'elle peut éclairer de plus spirituel et de plus noble. Non, je ne vous avais jamais vu, puisque jamais je ne vous avais vu cette douceur superbe, et ce regard plus grand que ce qu'on voit... Est-ce que... vous n'allez pas mourir? Vos yeux semblent contempler l'univers au moyen de ce petit jardin

están mirando, y que es para ellos lo que el pequeño guijarro que recoge un sabio y que, en el hueco de su mano, le habla de una época del mundo.

FAUSTO

El universo no me importa, y no pienso en nada.

LUST

¿Qué sabe usted?

FAUSTO

Le digo que no pienso en nada... Pero hay algo que debe decidirse aquí; y lo sé precisamente por eso, porque no pienso en nada.

LUST

Pero ¿qué?

FAUSTO

Algo... Y quizá... otra cosa. Pero mi cuerpo todavía no sabe, y mi espíritu no me dice nada. Sólo canta esta hora, la profusión de la tarde.

LUST

Es extraño... Yo tampoco estoy pensando en nada.

FAUSTO

Es una tarde demasiado linda. ¿A qué pensar? ¿Qué edad tiene usted?

LUST

Podría estar casada desde hace cinco años.

qu'ils considèrent, et qui leur est comme le petit caillou qu'un savant ramasse, et qui, dans le creux de sa main, lui parle d'une époque du monde.

FAUST

L'univers ne m'importe pas, et je ne pense à rien.

LUST

Qu'en savez-vous?

FAUST

Je vous dis que je ne pense à rien... Mais ici doit se décider quelque chose; et je le sais précisément par ceci, que je ne pense à rien.

LUST

Mais quoi?

FAUST

Quelque chose. Et peut-être... autre chose. Mais mon corps ne sait pas encore; et mon esprit ne me dit rien. Seule, chante cette heure, la profusion du soir.

LUST

C'est étrange... Moi non plus, je ne pense à rien.

FAUST

Il fait trop bon, ce soir. Il n'y a plus à penser. Quel âge avez-vous?

LUST

Je pourrais être mariée depuis cinq ans.

FAUSTO

Yo podría estar muerto desde hace mucho tiempo, muchísimo tiempo... Yo he sido joven, Lust.

LUST

Pero nunca fué usted tan hermoso, estoy segura...

FAUSTO

He sido joven, Lust. He sido viejo. Y después he vuelto a ser joven. He corrido más de un mundo... Pero he pesado mis deseos y mis experiencias en la soledad.

LUST

¿En el desierto?

FAUSTO

¿Por qué? La soledad es un producto que se hace en todas partes.

LUST

¿Y... ahora?

FAUSTO

Lo he pesado todo. El peso total es nulo. He hecho el bien. He hecho el mal. He visto salir el bien del mal; el mal, del bien.

LUST

Entonces, ¿la vuelta entera?

FAUSTO

Sí.

FAUST

Je pourrais être mort depuis longtemps, fort longtemps... J'ai été jeune, Lust.

LUST

Mais jamais vous ne fûtes si beau, j'en suis sûre...

FAUST

J'ai été jeune, Lust. J'ai été vieux. Et puis, j'ai été jeune encore. J'ai couru plus d'un monde... Mais j'ai pesé mes désirs et mes expériences dans la solitude.

LUST

Dans le désert?

FAUST

Pourquoi? La solitude est un produit qu'on fait partout.

LUST

Et... maintenant?

FAUST

J'ai tout pesé. Le poids total est nul. J'ai fait le bien. J'ai fait le mal. J'ai vu le bien sortir du mal; le mal, du bien.

LUST

Alors, le tour entier?

FAUST

Oui.

LUST

¿Y... ahora?

FAUSTO

Y ahora... soy lo que soy, y no creo ser otra cosa. Han sido necesarias tantas esperanzas y desesperaciones, triunfos y desastres para llegar a esto... Pero ya estoy... Con un poco más de espíritu, hubiera llegado por el espíritu solo...

LUST

Maestro, no entiendo todo lo que usted dice. Se habla usted a sí mismo; no me habla a mí. Pero no me hace falta comprender. Yo no puedo, esta tarde, seguir una idea. Pero es su voz la que se hace seguir, como una música. Me lleva... al borde mismo de las lágrimas... Oh, siga usted diciendo lo que quiera. Hace daño, casi... Tengo ganas de sentirme mal de estar demasiado bien... Soy demasiado feliz, y sin embargo me ahogo... No doy con las palabras ni con nada que pueda descargarme el corazón de esta abundancia... de mí ¡Oh! Y luego esos pájaros terribles, allá, tan alto en el cielo, cuyos gritos demasiado agudos atraviesan mi felicidad...

FAUSTO (*para sí mismo*)

¿Estaré en la culminación de mi arte? Vivo. Y no hago sino vivir. He ahí una obra... En fin, lo que fuí ha acabado por construir lo que soy. No tengo ya ninguna otra importancia. Soy el presente mismo. Mi persona se enlaza exactamente con mi presencia, en intercambio perfecto con cualquier cosa que ocurra. No queda residuo. Ya no hay más profundidad. El infinito está definido. Lo que no existe,

LUST

Et... maintenant?

FAUST

Et maintenant voici que je suis ce que je suis, et que je ne crois pas être autre chose. Il fallut tant d'espoirs et de désespoirs, de triomphes et de désastres pour en venir là... Mais j'y suis... Avec un peu plus d'esprit, j'y serais venu par l'esprit tout seul...

LUST

Maître, je n'entends pas tout ce que vous dites. Vous vous parlez; vous ne me parlez pas. Mais je n'ai pas besoin de comprendre. Je ne puis pas, ce soir, suivre une idée. Mais c'est votre voix qui se fait suivre, comme une musique. Elle me porte... tout auprès des larmes... Oh, dites encore tout ce que vous voudrez. Cela fait mal, presque... J'ai envie de me trouver mal d'être trop bien. Je suis trop heureuse, et pourtant j'étouffe... Je ne me trouve ni paroles ni rien qui puisse me décharger le cœur de cette abondance... de moi. Oh! Et puis ces terribles oiseaux si haut dans le ciel, dont les cris trop aigus traversent mon bonheur...

FAUST *(à soi-même)*

Serais-je au comble de mon art? Je vis. Et je ne fais que vivre. Voilà une œuvre... Enfin, ce que je fus a fini par construire ce que je suis. Je n'ai plus aucune autre importance. Me voici le présent même. Ma personne épouse exactement ma présence, en échange parfait avec quoi qu'il arrive. Point de reste. Il n'y a plus de profondeur. L'infini est défini. Ce qui n'existe pas n'existe plus. Si la connaissan-

ya no existe. Si el conocimiento es lo que hay que producir por el espíritu para que SEA lo que ES, aquí estás, FAUSTO, conocimiento pleno y puro, plenitud, cumplimiento. Soy el que soy. Estoy en la culminación de mi arte, en el período clásico del arte de vivir. Ésa es mi obra: vivir. ¿No es eso todo? Pero hay que saberlo... No se trata de encontrarse en esta alta meseta de existencia, sin saberlo. ¡Qué de aventuras, de razones, de sueños y de errores para ganar la libertad de ser lo que se es, nada más que lo que se es! ¿Qué es la perfección, sino la supresión de todo lo que nos falta? Lo que falta está siempre de más... Pero ahora la menor mirada, la menor sensación, los menores actos y funciones de la vida cobran para mí la misma dignidad que los proyectos y las voces interiores de mi pensamiento... Es un estado supremo, en que todo se resume en vivir, y que rechaza, con una sonrisa que me nace, todas las preguntas y todas las respuestas... VIVIR... Siento, respiro mi obra maestra. Nazco de cada instante para cada instante. VIVIR... RESPIRO. ¿No es eso todo? RESPIRO... Abro profundamente cada vez, siempre por primera vez, esas alas interiores que marcan el tiempo verdadero. Llevan al que es, del que fué al que va a ser... SOY: ¿no es extraordinario? ¿Sostenerse por encima de la muerte como una piedra se sostendría en el espacio? Es increíble... RESPIRO, y nada más. El perfume imperioso de mis flores quiere que yo respire y el olor de la tierra fresca, cada vez más deseado, cada vez más deseable, viene a obrar en mí sobre las potencias de mi aliento. RESPIRO, y nada más, porque no hay nada más. RESPIRO y VEO. Este lugar es dulce de ver... Pero ¿qué importa este lugar? ¿Qué importa lo que se ve? Basta VER, y saber que se ve... Es toda una cien-

ce est ce qu'il faut produire par l'esprit pour que SOIT ce qui EST, te voici, FAUST, connaissance pleine et pure, plénitude, accomplissement. Je suis celui que je suis. Je suis au comble de mon art, à la période classique de l'art de vivre. Voilà mon œuvre: vivre. N'est-ce pas tout? Mais il faut le savoir... Il ne s'agit pas de se trouver sur ce haut plateau d'existence, sans le savoir. Que d'aventures, de raisons, de songes et de fautes pour gagner la liberté d'être ce que l'on est, rien que ce que l'on est! Qu'est-ce que la perfection, sinon la suppression de tout ce qui nous manque? Ce qui manque est toujours de trop... Mais, à présent, le moindre regard, la moindre sensation, les moindres actes et fonctions de la vie me deviennent de la même dignité que les desseins et les voix intérieures de ma pensée... C'est un état suprême, où tout se résume en vivre, et qui refuse d'un sourire qui me vient, toutes les questions et toutes les réponses... VIVRE... Je ressens, je respire mon chef-d'œuvre. Je nais de chaque instant pour chaque instant. VIVRE... JE RESPIRE. N'est-ce pas tout? JE RESPIRE... J'ouvre profondément chaque fois, toujours pour la première fois, ces ailes intérieures qui battent le temps vrai. Elles portent celui qui est, de celui qui fut à celui qui va être... JE SUIS, n'est-ce pas extraordinaire? Se soutenir au-dessus de la mort comme une pierre se soutiendrait dans l'espace? Cela est incroyable... JE RESPIRE, et rien de plus. Le parfum impérieux de mes fleurs veut que je respire et l'odeur de la terre fraîche vient en moi agir, toujours plus désirée, toujours plus désirable, sur les puissances de mon souffle. JE RESPIRE, et rien de plus, car il n'y a rien de plus. JE RESPIRE et JE VOIS. Ce lieu est doux à voir... Mais qu'importe ce lieu? Qu'importe ce qu'on voit? VOIR suffit, et

cia. Veo ese pino. ¿Qué importa ese pino en sí mismo? ¡Podría ser una encina! Yo la vería. Y ese techo de brillante pizarra podría ser igualmente un espejo de agua calma. Yo la vería. Y en cuanto a la figura de aquellas colinas lejanas que cierran accidentalmente el paisaje, siento que tengo en mis manos el poder de volver a dibujar a mi gusto su larga línea blanda... VER es también, pues, ver otra cosa, ver lo que es, es ver lo que es posible...

LUST (*aparte, acercándosele por detrás con precaución, y como invenciblemente movida*)

No puedo permanecer tan lejos. Sería como permanecer lejos de mí misma... ¿Qué diría si yo le besara la mano? ¿Qué hará?

FAUSTO

RESPIRO y VEO... Pero lo que hay tal vez de más presente en la presencia es esto: TOCO... (*golpea el brazo del banco en que está sentado*). Y de un solo golpe, encuentro y creo lo real... Mi mano se siente tocada a la vez que toca. Real quiere decir eso. Y nada más.

LUST (*detrás de él, a media voz*)

Habla, y yo me hablo; y no hay intercambio en nuestras palabras. Y sin embargo, no puede menos que haber entre lo que él siente y lo que siento yo misma un parecido... vivo. La hora está demasiado madura, demasiado cargada de los frutos maduros de un día de pleno esplendor para que sea posible que dos seres, aun siendo tan diversos, no vean igualmente vencida su resistencia a la fuerza de las cosas...

savoir que l'on voit... C'est là toute une science. Je vois ce pin. Qu'importe ce pin lui-même? Ce pourrait être un chêne, là! Je le verrais. Et ce toit de brillante ardoise serait aussi bien un miroir d'eau calme. Je le verrais. Et quant à la figure de ces collines éloignées qui ferment accidentellement le pays, je me sens dans les mains le pouvoir d'en redessiner à mon gré la longue ligne molle... VOIR, c'est donc aussi bien voir autre chose; c'est voir ce qui est possible, que de voir ce qui est...

LUST *(à part et s'approchant de lui par derrière avec précaution, et comme invinciblement mue)*

Je ne puis demeurer si loin. Ce serait comme demeurer loin de moi-même... Que dirait-il, si je lui baisais la main? Que fera-t-il?

FAUST

JE RESPIRE et JE VOIS... Mais ce qu'il y a peut-être de plus présent dans la présence, c'est ceci: JE TOUCHE... *(il frappe le bras du banc sur lequel il est assis)*. Et d'un seul coup, je trouve et je crée le réel... Ma main se sent touchée aussi bien qu'elle touche. Réel veut dire cela. Et rien de plus.

LUST *(derrière lui, à demi-voix)*

Il parle, et je me parle; et nos paroles ne s'échangent point. Et cependant, il ne se peut qu'il n'y ait entre ce qu'il ressent et ce que je sens moi-même une ressemblance... vivante. L'heure est trop mûre, trop chargée des fruits mûrs d'un jour de pleine splendeur pour qu'il se puisse que deux êtres, même si différents, ne soient pas mêmement à bout de leur résistance à la force des choses... Mêmement comblés qu'ils sont,

Igualmente colmados, demasiado ricos, igualmente, y como cargados de un poder de felicidad casi insoportable, que no encuentra su efusión, su término natural, su acto, su fin... una especie de muerte...

FAUSTO

Sí. ¿Cabe algo más real? ¿Toco? Soy tocado. Un viejo autor decía: Tocar, ser tocado pertenece sólo a los cuerpos... (*un silencio; Lust le ha apoyado suavemente la mano en el hombro*). Me tocan... ¿Quién? ¿Eres tú, Lust?... Creí que te habías ido...

LUST

Soy yo... ¿Por qué decirme Tú?

FAUSTO

Porque usted me ha tocado... ¿Por qué me has tocado?

LUST

Temí que se durmiera usted soñando... No es prudente ¿sabe usted?...

FAUSTO

No tengo por qué asustarme de un sol más que se pone... Deje la mano.

LUST

No. ¿Por qué la voy a dejar?

FAUSTO

Porque ya no hay motivo... Retírela.

mêmement trop riches qu'ils sont, et comme chargés d'une puissance de bonheur presque insupportable, et qui ne trouve pas son effusion, son terme naturel, son acte, sa fin... une sorte de mort...

FAUST

Oui. Quoi de plus réel? Je touche? Je suis touché. Un vieil auteur disait: Toucher, être touché n'appartient qu'aux seuls corps... *(un silence, Lust lui a mis doucement la main sur l'épaule).* On me touche... Qui?... C'est toi, Lust?... Je te croyais partie...

LUST

C'est moi... Pourquoi me dire Tu?

FAUST

Parce que vous m'avez touché... Pourquoi m'as-tu touché?

LUST

Je craignais que vous ne vous endormiez en rêvant... Ce n'est pas prudent, savez-vous...

FAUST

Je n'ai rien à redouter d'un soleil de plus qui se couche... Laissez la main.

LUST

Non. Pourquoi la laisserais-je?

FAUST

Parce qu'il n'y a plus de raison... Retirez-la.

LUST

No.

FAUSTO

¿Por qué?

LUST

Puesto que ha venido por sí sola... En verdad, no sé por qué ha venido, por qué había de quedarse aquí, en su hombro, ni por qué había de retirarse. ¿Por qué? Fácil decirlo. ¿Acaso sabe usted mismo, con lo sabio que es, por qué me ha dicho TÚ, hace un momento? Eso se hace solo, como todo lo que es muy importante. (*Retira la mano.*)

FAUSTO

Eso nació, pues, de usted y de mí, y no de usted o de mí. Su mano y esa palabra forman algo, una especie de ser. No sabemos acerca de él más de lo que saben quienes hacen un hijo acerca de ese a quien hacen. La intimidad nace a veces de una cosa de nada, de una distracción, de un error compartido... Y a veces esa cosa de nada se resuelve en nada; a veces, arrastra al todo... Retire la mano, señorita.

LUST

Pero ya la he retirado, Maestro.

FAUSTO

Creía sentirla aún pesando muy levemente sobre mi hombro... Pero démela, ahora... La necesito. La necesito. Una especie de languidez demasiado agradable me prohibe levantarme. (*Ella le da la*

LUST

Non.

FAUST

Pourquoi?

LUST

Puisqu'elle est venue toute seule... En vérité, je ne sais pas pourquoi elle est venue, pourquoi elle demeurerait là, sur votre épaule, et pourquoi se retirerait? Pourquoi? C'est vite dit. Est-ce que vous savez vous-même, tout savant que vous êtes, pourquoi vous m'avez dit TU, tout à l'heure? Cela se fait tout seul, comme tout ce qui est très important. *(Elle retire sa main)*.

FAUST

Cela est donc né de vous et de moi, et non de vous ou de moi. Votre main et ce mot, cela forme quelque chose, une sorte d'être. Nous n'en savons pas plus que ceux qui font un enfant n'en savent sur celui qu'ils font. L'intimité parfois naît d'un rien, d'une distraction, d'une erreur partagée... Et parfois ce rien se résout en rien; parfois, il entraîne le tout... Retirez votre main, mademoiselle.

LUST

Mais, je l'ai retirée, Maître.

FAUST

Je croyais la sentir me peser encore très légèrement sur l'épaule... Mais, donnez-la moi, maintenant... J'en ai besoin. J'en ai besoin. Une sorte de langueur trop agréable me défend de me lever. *(Elle lui*

mano; él hace un movimiento como para atraer hacia sí a Lust, pero en seguida rechaza y suelta la mano que retenía). No... No vale la pena... Gracias. No me ayude. Si usted me la diera...

LUST

¿Qué pasaría?

FAUSTO (*levantándose*)

Vendría el todo.

LUST (*baja la cabeza, y con voz temblorosa*)

¿Se vuelve usted?

FAUSTO

Todavía no. Tengo ganas de seguir trabajando aquí un poco. Tenemos una buena horita de luz. Se diría que nos abandona a disgusto. Pero el trabajo no adelanta casi. ¿Quiere usted tomar el cuaderno?

PAUL VALÉRY

(*Traducción de Raimundo Lida*)

donne la main; il fait un mouvement comme pour attirer Lust sur lui; mais aussitôt repousse et lâche la main qu'il tenait.) Non... Ce n'est pas la peine... Merci. Ne m'aidez pas. Si vous me la donniez...

LUST

Eh bien?

FAUST *(il se lève)*

Le tout viendrait.

LUST *(baisse la tête, et à voix tremblée)*

Vous rentrez?

FAUST

Pas encore. J'ai envie de travailler encore un peu ici. Nous avons bien une petite heure de jour. On dirait qu'il nous quitte à regret. Mais le travail n'avance guère. Voulez-vous prendre le cahier?

PAUL VALÉRY

LETTRES DE PAUL VALÉRY A VICTORIA OCAMPO

I

Londres, 24 Hyde-Park Gardens W2
Lundi 26. [1939]

Chère V. O.

Je pars demain.

Si vous avez le temps, l'envie, la faiblesse de venir me dire au revoir, je serai ici vers six heures et quelques minutes. Il y aura diverses personnes.

Sinon à Paris — et à vos pieds.

PAUL VALÉRY

CARTAS DE PAUL VALÉRY A VICTORIA OCAMPO

I

Londres, 24 Hyde-Park Gardens, W2.
Lunes 26. [1939]

Querida V. O.:

Parto mañana.

Si tiene usted el tiempo, las ganas, la debilidad de venir a decirme hasta pronto, estaré aquí a eso de las seis y algunos minutos. Habrá diversas personas.

Si no, hasta París — y a sus pies

PAUL VALÉRY

II

ACADÉMIE FRANÇAISE

40, Rue de Villejust. XVIe
Juillet/39

Chère Victoria,

Vous avez fui pendant que j'étais dans le Midi, cherchant à rétablir une vieille santé, qui s'est trouvée fort éprouvée. Me voici de retour, et en proie aux observations de mes amis, les Médecins. Inutile de vous dire que j'ai eu de la joie à recevoir cette lettre issue de la mer, et d'ailleurs si gracieuse.

Vous dirai-je que vous écrivez à ravir notre langue et... sans le moindre accent? Est-ce une injure? Une vérité peut l'être. Mais je vous la dis.

Le vieux "Cimetière Marin" vous remercie par la voix dont l'ombre intérieure l'a, pour la première fois, murmuré. Je ne pensais pas alors que ce chant en construction indéfinie sonnerait au large — et sur des lèvres qui...

II

ACADEMIA FRANCESA

40, Rue de Villejust. XVe.
Julio de 1939

Querida Victoria:

Usted ha huído mientras yo estaba en el Mediodía, tratando de restablecer una vieja salud muy alterada. Ahora estoy de vuelta, y sujeto a las observaciones de mis amigos los Médicos. Inútil decirle la alegría que tuve al recibir esa carta salida del mar, y tan graciosa.

¿Le diré que escribe usted a la perfección nuestra lengua y... sin el menor acento? ¿Es una injuria? Una verdad puede ser injuriosa. En todo caso, se la digo.

El viejo "Cementerio Marino" le agradece con la voz cuya sombra interior lo ha murmurado por primera vez. No pensaba entonces que ese canto de construcción indefinida sonaría con tanta amplitud — y en labios que...

Mais enfin tout arrive.

Il arrivera peut-être aussi que je débarque un jour à B. A. Mais que vont être les événements?

Ce voyage est suspendu à bien des choses — c. à d. à un fil.

Supposé qu'il se puisse faire, et que je fasse les conférences je ferai certainement appel à la voz de Vd. *Vous diriez, par exemple, un poème de chacune de "mes époques" — si je faisais une conférence de quasi-autobiographie littéraire. Celle-ci pourrait être celle du Jockey-Club. Mais de ce côté, on ne m'a encore rien dit... Carcano seul m'en a parlé.*

Quant à Mallea, ce qu'il désire ne me paraît soulever aucune difficulté. Si les fragments à traduire ne sont pas trop importants, je crois qu'il est inutile de demander l'autorisation à l'éditeur.

De toute manière, chère amie, vous êtes juge. Je ne connais absolument que vous à B. A. — et cette connaissance me paraît merveilleusement suffisante.

Vous me proposez de m'héberger pendant mon séjour. Ma femme m'accompagnera — telle est, du moins, son intention. Peut-être n'aurez-

---

Pero, finalmente, todo sucede.

Quizá suceda también que yo desembarqué un día en Buenos Aires. Pero ¿cuáles serán los acontecimientos?

Ese viaje está en suspenso por muchas cosas — es decir, por un hilo.

En caso que pueda hacerse, y que yo haga las conferencias, recurriré ciertamente a *la voz de usted.* Usted diría, por ejemplo, un poema de cada una de "mis épocas" — si yo hiciera una conferencia de casi-autobiografía literaria. Podría ser la del Jockey Club. Pero de ese lado no me han dicho nada aún. Sólo Cárcano me ha hablado de ello.

No creo que suscite ninguna dificultad lo que desea Mallea. Si los fragmentos para traducir no son demasiado importantes, me parece inútil pedir autorización al editor.

De todos modos, querida amiga, usted es juez. En Buenos Aires sólo conozco a usted — y este conocimiento me parece maravillosamente suficiente.

Usted me propone hospedarme durante mi estadía. Mi mujer me acompañará — tal

vous pas de place pour deux? même en fuyant à San Isidro (ce qui me serait bien désagréable).

Je vous baise les mains, chère amie, — et je pense à SUR.

Votre très dévot

PAUL VALÉRY

III

Le 2 septembre

Chère Victoria,

C'en est fait! les dés sont jetés, la Mort entre en scène. Le voyage, les conférences, tout s'évanouit. L'Europe veut périr. Vous recueillerez les débris d'une civilisation qui cède aux barbares et à un fou.

---

es, al menos, su intención. Quizá usted no tenga espacio para nosotros dos, y aunque huya usted a San Isidro (lo cual me sería muy desagradable).

Beso a usted las manos, querida amiga, — y pienso en SUR...

Su muy devoto

PAUL VALÉRY

III

2 de setiembre. [1939]

Querida Victoria:

¡Ya el hecho se produjo, los dados se han echado, la Muerte entra en escena! El viaje, las conferencias, todo se desvanece. Europa quiere perecer. Ustedes recogerán los desechos de una civilización que cede a los bárbaros y a un loco.

La France sent bien qu'il y va de tout ce qui donne à la vie une signification, — car la vie par elle-même n'en a aucune. On perçoit ici une grande différence de l'état des âmes avec celui que nous avons observé et connu en 14. Rien n'est de même. On est froid et résolu.

Je suis à 40 km. de Paris dans une campagne de famille, et je vais et je viens selon les besoins. Mon gendre est parti. Mes fils vont partir. Vous sentez combien mon coeur est serré.

Quoi qu'il arrive, je vous prie de faire en Argentine tout ce que vous pourrez pour notre cause, qui est la vôtre, qui est celle de l'esprit libre et des créations intellectuelles désintéressées.

Je vous remercie, chère Victoria, de toutes vos intentions si aimables —et, si vous le permettiez, je crois bien que je vous embrasserais— très ému et très respectueux.

PAUL VALÉRY

Francia sabe muy bien que está en juego todo aquello que da a la vida un significado — pues la vida por sí misma no tiene ninguno. Aquí advertimos una gran diferencia de estado de ánimo con el que hemos observado y conocido en el 14. Nada es igual. Se está frío y resuelto.

Estoy a 40 km. de París, en una quinta de la familia. Voy y vengo según las necesidades. Mi yerno ha partido. Mis hijos van a partir. Usted siente cómo tengo de oprimido el corazón.

Suceda lo que suceda, ruego a usted que haga en la Argentina todo lo que esté en su mano por nuestra causa, que es también la suya, que es la causa del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas.

Le agradezco, querida Victoria, todas sus tan amables intenciones —y, si usted me lo permitiera, creo que la besaría— muy conmovido y muy respetuoso

PAUL VALÉRY

IV

Château du Mesnil
Juziers
Seine et Oise

Le 2 octobre 1939

Chère amie Victoria,

Je vous remercie de tout coeur de votre bonne lettre et des articles que vous m'envoyez. Je suis d'autant plus touché de votre amitié dans ces circonstances que je me trouve fort triste dans cette campagne d'où je vais 3 ou 4 fois par semaine à Paris. Je ne vois devant moi que tous les genres d'inquiétudes. Les garçons sont sous les drapeaux. Leur destin et leurs avenirs entrés dans la brume la plus épaisse. Mon propre sort est d'ailleurs matériellement menacé, car je prévois à brève échéance des temps fort difficiles. Je vais avoir 68 ans, le 30 de ce mois, et il est probable que je serai contraint de faire je ne sais quoi, en dépit de cet âge, pour subsister et faire subsister.

Je m'excuse de vous parler de ces affaires personnelles. Il est presque impossible quand on vit dans une quasi-solitude, enfermé, et

---

IV

Château du Mesnil
Juziers, Seine et Oise

2 de octubre de 1939

Querida amiga Victoria:

Le agradezco de todo corazón su buena carta y los artículos que me envía. Estoy tanto más conmovido por su amistad en estas circunstancias cuanto que me encuentro muy triste en esta quinta de donde voy tres o cuatro veces por semana a París. No veo ante mí sino inquietudes de toda clase. Los muchachos están bajo las armas; su destino y su porvenir han entrado en la niebla más espesa. Por otra parte, mi propia suerte está materialmente amenazada, porque preveo, a breve término, tiempos muy difíciles. Voy a tener 68 años el 30 de este mes, y es probable que me vea obligado a hacer cualquier cosa, a pesar de mi edad, para subsistir y hacer subsistir.

Le pido disculpas por hablarle de estos asuntos personales. Cuando se vive en una casi soledad, encerrado, y friolentamente sombrío dentro de los pliegues de la lana, con la

frileusement sombre dans les plis de la laine, l'oeil sur les arbres accablés de pluie, de ne pas continuer en écrivant à l'amie très éloignée, le monologue morose de la fin du jour.

Mais que dire des événements? Je vous avoue que mes pensées, qui furent formées dans un autre monde, et pour un autre monde, se résument à présent dans des formules d'excommunication à l'égard des hommes et des accès de colère excités par leur sottise. Car c'est là la grande ennemie.

Je suis cependant content de mon pays qui est stupéfiant de simplicité et d'ordre naturel dans cette formidable révolution. Je dis "révolution". Ce qui se passe est guerre, sans doute. Mais bien plus qu'une guerre.

Peut-être faut-il considérer que depuis 1914, nous sommes, en Europe, les témoins et les victimes d'énormes phénomènes de géologie sociale, politique et économique dont les secousses vont peut-être creuser un abîme de servitude et d'ignorance crédule à la place où s'élevèrent les montagnes chargées des dieux et des déités dont nos oeuvres n'étaient que les oracles ou bien les louanges. J'ai dit et écrit quelque chose comme cela, il y a longtemps.

Je vous envoie quatre lignes dont vous excuserez le peu de poids.

---

mirada fija en los árboles agobiados por la lluvia, es casi imposible no continuar escribiendo a la muy lejana amiga el monólogo moroso de la caída de la tarde.

Pero ¿qué decir de los acontecimientos? Le confieso que mis pensamientos, que se formaron en un mundo distinto, y para un mundo distinto, se resumen actualmente en fórmulas de excomunión para los hombres y en accesos de cólera suscitados por su tontería. Porque es ésa la gran enemiga...

Sin embargo, estoy contento de mi país, asombroso de simplicidad y de orden natural en esta formidable revolución. Digo "revolución". Lo que ocurre es guerra, sin duda. Pero mucho más que una guerra.

Quizá debamos considerar que, desde 1914, somos, en Europa, los testigos y las víctimas de enormes fenómenos de geología social, política y económica cuyas sacudidas tal vez caven un abismo de servidumbre y de ignorancia crédula en el sitio donde se levantaron montañas cargadas de dioses y deidades de los cuales nuestras obras no eran sino los oráculos o bien las loas. He dicho y escrito algo parecido, hace mucho tiempo.

Le envío cuatro líneas cuya falta de peso usted disculpará. En estos días no estoy en

Je n'étais pas en état, ces jours-ci, de faire quelque chose qui vaille. Donc, publiez, si vous voulez. Ne publiez pas, vous ferez mieux.

Enfin, voici une petite chose à vous dire, d'ordre privé. Il y a à Buenos Ayres une exposition d'art Français. Je vous serais obligé de me dire comment elle est. Mes parents Rouart y ont mis quelques-uns de leurs beaux Manet (ma cousine étant la nièce du grand peintre, et la fille de B. Morisot). Ils aimeraient avoir des nouvelles de leurs tableaux.

Mais encore: ma femme a prêté aussi un Manet — (quelques grosses fleurs) et elle le vendrait volontiers si elle en trouvait un bon prix.

Je lui ai donné toute licence à ce sujet et aucun conseil. A notre époque, on ne sait plus ce qu'il faut faire, l'avenir qui est la cible des conseils étant entièrement et exactement sans visage et sans voix!

Si vous connaissez un amateur...

Je vous quitte. Je vous embrasserais bien volontiers si vous n'étiez pas si loin, si j'en avais licence, et si ce muy viejo señor *n'était pas un horrible objet — et si triste!*

Vôtre
PAUL VALÉRY

---

condiciones de hacer nada que valga. Por lo tanto, publíquelas usted, si quiere. No las publique, hará mejor.

Finalmente, tengo que decirle una pequeñez de orden privado. En Buenos Aires hay una exposición de arte francés. Le agradecería que me dijera cómo es. Mis parientes Rouart han enviado a ella algunos de sus más hermosos Manet (mi prima era la sobrina del gran pintor, y la hija de B. Morisot). Quisieran tener noticias de sus cuadros.

Y también: mi mujer ha prestado asimismo un Manet (algunas grandes flores) y las vendería gustosa si obtuviera un buen precio por ellas.

Le he dado amplia libertad sobre el asunto y ningún consejo. En nuestra época no sabemos ya qué hay que hacer, estando el futuro, que era el blanco de los consejos, enteramente y exactamente sin rostro y sin voz.

Si usted conociese un aficionado...

La dejo. La abrazaría gustoso si no estuviera usted tan lejos, si yo tuviera permiso para ello y si este *muy viejo señor* no fuera un horrible objeto — ¡y tan triste!

Suyo

PAUL VALÉRY

V

Dinard, 17/6/40

Jour de malheur.

Victoria, je pleure en vous écrivant. Le navire sombre... On a fait ce qu'on a pu. Rien n'égale ce qu'ont accompli nos enfants. Mais le nombre et la bestialité nous écrasent. La trahison au Nord, la lâcheté fratricide au Sud ont permis le triomphe d'une brute mystérieuse!

J'ai trop vécu. Il y aura peut-être un lendemain pour d'autres. Mais la civilisation qui était notre raison de vivre est frappée au coeur même du pays qui la maintenait encore de son mieux.

Le désastre public engendre maintenant tous les désastres privés. Je n'ai plus aucune nouvelle des enfants, fils et gendre. Et quant à moi, je ne sais ce que je deviendrai, avec les miens, ma femme, ma fille

---

V

Dinard, 17/6/40

DÍA DE INFORTUNIO

Victoria: lloro al escribirle. El barco naufraga... Se hizo lo que se pudo. Nada iguala a lo que realizaron nuestros hijos. Pero el número y las bestialidad nos aplastan. ¡La traición en el Norte, la cobardía fratricida en el Sur han permitido el triunfo de una bestia misteriosa!

He vivido demasiado. Tal vez haya un mañana para otros. Pero la civilización, que era nuestra razón de vivir, está herida en el corazón mismo del país que la mantenía aún en todo lo posible.

Ahora el desastre público engendra todos los desastres privados. Ya no tengo noticias de mis hijos y de mi yerno. En cuanto a mí, no sé qué será de mí, con los míos, mi

enceinte et sa fille, et ma belle-fille. Je n'ai aucune idée de notre avenir matériel. Peut-être, si je dure encore, serai-je forcé, à mon âge, de chercher à travailler je ne sais où, — par le monde.

Mais la Poétique et la pensée, aujourd'hui, valent encore moins que notre billet de banque.

Cependant je ne puis m'empêcher, au travers de mon désespoir, de me sentir des éclairs de puissance spirituelle, de brefs signaux d'énergie qui me tendent vers le but de m'employer à faire renaître la lumière de mon pays. Le malheur extrême illumine toutes les fautes, mais il engendre à l'âme des forces et des idées qui ne peuvent provenir que de sources situées dans ce qui n'est pas encore *et* qui pourrait être.

Je vous embrasse comme une soeur de mon esprit. Vos télégrammes m'ont donné un peu de triste consolation. dans ce moment affreusement historique. Mais enfin, nous avons gardé l'honneur.

De tout mon coeur

PAUL VALÉRY

---

mujer, mi hija encinta y mi nuera. No tengo ninguna idea de nuestro porvenir material. Tal vez, si consigo durar, estaré obligado, a mi edad, a buscar trabajo no sé dónde — por el mundo.

Pero hoy la Poética y el pensamiento valen menos aún que nuestro papel moneda.

Sin embargo, no puedo menos, a través de mi desesperación, de sentir relámpagos de potencia espiritual, breves señales de energía que me tienden hacia el propósito de emplearme en hacer que renazca la luz de mi país. La extrema desgracia ilumina todas las culpas, pero engendra en el alma fuerzas e ideas *que sólo pueden provenir de fuentes situadas en lo que todavía no es y podría ser.*

La abrazo como a una hermana de mi espíritu. Sus telegramas me han dado un poco de triste consuelo en este momento atrozmente histórico. Pero, en fin, hemos conservado el honor.

De todo corazón

PAUL VALÉRY

VI

Mercredi, juin 40

Chère grande Amie,

Votre télégramme nous a fait pleurer. Merci de tout notre coeur. Je suis à présent à Dinard, où les instances pressantes de mes enfants aux armées m'ont fait conduire les cinq femmes de ma famille.

Travaillez bien pour nous, car c'est pour vous, pour le salut de l'esprit que nous luttons.

Ces monstres déchaînés et inexplicables sont comme une espèce animale nuisible et formidablement armée, avec laquelle les rapports de l'homme avec l'homme sont démontrés impossibles. Il faut ou les détruire ou être détruits.

Vous n'avez pas idée de la beauté du moral des troupes!

Elles sont extraordinaires de résolution et de parfaite simplicité.

VI

Miércoles, junio del 40

Querida grande Amiga:

Su telegrama nos ha hecho llorar. Gracias de todo corazón. Estoy actualmente en Dinard, donde las instancias apremiantes de mis hijos que se encuentran en el ejército me han hecho conducir a las cinco mujeres de mi familia.

Trabaje usted bien por nosotros, porque es por ustedes, por la salvación del espíritu, que nosotros luchamos.

Estos monstruos desencadenados e inexplicables son como una especie animal nociva y formidablemente armada con la cual han demostrado ser imposibles las relaciones del hombre con el hombre. Hay que destruirlos o ser destruídos.

¡No tiene usted idea de la belleza moral de nuestras tropas!

Son extraordinarias de resolución y de *perfecta simplicidad.*

Je vous embrasse. Votre grande âme est avec nous. Merci, Victoria, qui avez un si beau nom

PAUL VALÉRY
Pension Albion
Dinard (Ille et Vilaine)

VII

37, Cours Pierre Puget
Marseille, 2 décembre 1940

Madame,

La note ci-jointe vous est adressée de la part de Monsieur Paul Valéry; il a ajouté le message suivant:

"S'il était possible de lui faire dire, en même temps, toute mon "affectueuse pensée, j'en serais très heureux. Peut-être ne peut-"elle se douter que je ne pouvais lui écrire en termes plus per-"sonnels."

Veuillez agréer, Madame, mes respectueux hommages.

F. D'ORGEVAL

La abrazo. Su gran alma está con nosotros. Gracias, Victoria, que tiene un nombre tan bello

PAUL VALÉRY
Pensión Albion
Dinard (Ille et Vilaine)

VII

37, Cours Pierre Puget
Marsella, 2 de diciembre de 1940

Señora:

La nota adjunta está dirigida a usted de parte del señor Paul Valéry, quien agregó a ella el siguiente mensaje:

"Si fuera posible hacerle llegar, al mismo tiempo, todo mi afectuoso recuerdo, yo sería muy feliz. Quizá ella no supone que no puedo escribirle en términos más personales."

Reciba usted, señora, mi respetuoso homenaje

(Fdo.) *F. D'ORGEVAL*

[*De la main de Paul Valéry*]

Madame la Directrice de SUR
Victoria Ocampo
Viamonte 548
Buenos Aires.

Note pour la Directrice de SUR.

Paul Valéry est rentré à Paris depuis septembre, avec toute sa famille.

Il a depuis quelques mois beaucoup travaillé. Il a écrit en particulier deux Ebauches d'un "Faust" *qui constituent deux pièces indépendantes, l'une en prose; l'autre, en prose et en vers. Ces ouvrages ne sont pas publiés et ne le seront, s'ils doivent l'être, que plus tard. L'auteur, dont ce sont les premiers essais en forme dramatique, a l'intention de les compléter, et les considère comme des parties d'un ensemble qui devrait avoir de grandes proportions.*

Il écrit, d'autre part, un Descartes (qui sera très court) pour accompagner une édition de fragments du grand philosophe.

[De puño y letra de Paul Valéry]

Señora Directora de SUR
Dª Victoria Ocampo
Viamonte 548
Buenos Aires.

Nota para la Directora de SUR.

Paul Valéry se encuentra en París desde septiembre, con toda su familia. Ha trabajado mucho desde hace unos meses. Ha escrito, especialmente, dos *Bosquejos de un "Fausto"* que constituyen dos piezas independientes; una en prosa; otra en prosa y en verso. Estas obras no se han publicado y sólo se publicarán más tarde (en caso de que se publiquen). Son los primeros ensayos en forma dramática del autor, que tiene intención de completarlos y que los considera como partes de un conjunto que deberá asumir grandes proporciones.

Escribe, además, un Descartes (que será muy corto) para acompañar una edición de fragmentos del gran filósofo.

VIII

ACADÉMIE FRANÇAISE.

Vichy, le 9 août 41

Très chère Victoria.

Je suis pour peu de jours en terre un peu plus libre. Je trouve là votre lettre du 13 mai que m'a fait remettre votre aimable ambassadeur.

Si vous saviez combien je suis touché de l'amitié si dévouée que vous me montrez, et combien souvent je pense à vous dans ce temps si cruel et si obscur! C'est un réconfort et une émotion que de penser qu'il est, dans un pays de ceux où la vie est encore possible et où il existe un avenir, quelqu'un qui s'intéresse à la pensée, et qui porte aux objets de l'esprit cette tendresse sans laquelle tout n'est que cendre ou fange, ou pire.

Je remets à Monsieur Carcano un petit texte occasionnel, car je n'ai ici rien d'autre que je puisse donner à SUR. Je ne sais s'il peut intéres-

---

VIII

ACADEMIA FRANCESA

Vichy, 9 de agosto de 1941

Muy querida Victoria:

Desde hace pocos días estoy en tierra un poco más libre. Aquí encuentro la carta de usted del 13 de mayo que me ha hecho llegar su amable Embajador.

¡Si supiera cuánto me conmueve la tan devota amistad que usted me demuestra, y cuán a menudo pienso en usted durante esta época tan cruel y tan oscura! ¡Reconforta y emociona pensar que hay alguien, en un país de aquellos donde la vida es aún posible y donde existe un porvenir, que se interesa en el pensamiento y que prodiga a los objetos del espíritu esa ternura sin la cual todo no es sino ceniza o fango, o peor aún.

Le envío por intermedio del señor Cárcano este pequeño texto ocasional, porque aquí

ser vos lecteurs? Son intérêt n'est que dans les circonstances. Il a fallu improviser et tenir compte de la situation.

Si les communications étaient plus faciles, je vous aurais peut-être envoyé des morceaux de mon Faust. *Entreprise étrange, qui ne s'achèvera jamais, dans laquelle je me suis jeté en juillet dernier, sans réflexion, et qui m'a aidé à vivre intellectuellement pendant quelques mois.*

Mais cet envoi est actuellement impossible, et d'ailleurs, ce qui est fait est provisoire. Cela s'imprime pour les "Cent Une" (dames bibliophiles) sous le titre: Etudes pour mon Faust.

Je vous remercie de tout mon coeur, chère et noble amie, pour ce baiser que vous donnez à la malheureuse France. C'est le donner aussi à ce qui reste dans le monde de dégoût et de dédain pour la bestialité.

Je vous embrasse. Le vieil homme-de-l'esprit vous aime et vous salue au delà des mers.

PAUL VALÉRY

---

no tengo otra cosa que pueda dar para SUR ¿Podrá interesar a sus lectores? Sólo tiene el interés de las circunstancias. He debido improvisar y *tener en cuenta la situación.*

Si las comunicaciones fueran más fáciles, tal vez le hubiera enviado algunos fragmentos de mi *Fausto.* Extraña empresa que no terminará nunca, en la cual me he lanzado irreflexivamente desde julio, y que me ha ayudado a vivir intelectualmente algunos meses.

Pero en la actualidad este envío es imposible y, además, lo que he hecho es provisorio. Se imprime para las "Ciento una" (damas bibliófilas) bajo el título: *Estudios para mi Fausto.*

Le agradezco de todo corazón, querida y noble amiga, ese beso que da usted a la desgraciada Francia. Es darlo también a lo que queda en el mundo de asco y desdén a la bestialidad.

La abrazo. El viejo hombre-del-espíritu la quiere y la saluda más allá de los mares

PAUL VALÉRY

IX

Vichy, 9 rue Foch. 10/11/41

Chère Madame,

J'ai duement transmis, en temps utile, votre télégramme à notre Valéry. Il vous remercie et vous embrasse de loin. Le 30 octobre je l'ai embrassé pour ses 70 ans au nom de tous ses amis. Il va bien *et va reprendre son cours du Collège de France au début de décembre.*

Respectueux hommages du messager inconnu.

JULIEN P. MONOD

X

Ce 27 avril 42

Chère Victoria.

Ceci est un étrange appel. Signe des temps!

Ce sont mes deux pieds qui volent vers vous... Ils osent vous implorer. Ici, impossible de se chausser.

IX

Vichy, 9, rue Foch. 10/11/41

Estimada señora:

A su debido tiempo trasmití su telegrama a nuestro Valéry. Él se lo agradece y la abraza desde lejos. El 30 de octubre yo lo he abrazado por sus setenta años en nombre de todos sus amigos. Anda *bien* y va a reanudar sus cursos del Colegio de Francia en los primeros días de diciembre.

Respetuosos homenajes de un mensajero desconocido

(Fdo.) *JULIEN P. MONOD*

X

Este 27 de abril de 1942

Querida Victoria:

Es éste un extraño llamado. ¡Signo de los tiempos!

Mis dos pies vuelan hacia usted... Se atreven a implorarle. Aquí es imposible calzarse.

Pouvez-vous me faire faire ou trouver une paire de souliers (noirs, plutôt) et peut-être me les faire tenir par l'ambassade? Ce serait me rendre un immense service. Vous voyez que la nécessité me force à vous demander cette chose ridicule!

Et j'ai déjà, cependant, à vous remercier. J'ai reçu, par les "Cahiers du Sud", votre envoi relatif à la traduction de mon petit discours (Bergson).

Si je pouvais, je vous enverrais un morceau de Mon Faust — *(toujours et indéfiniment inachevé).*

Ah! quelle vie, chère, quel crépuscule de ma vie que cette époque. Et je suis l'homme qui a le dégoût des "Evénements". Les Evénements (cette prétention) m'ennuient. Mais, à présent, ils font plus que m'ennuyer. Ils me détruisent.

De tout coeur, et en m'excusant de cette affaire de pieds anxieux...
Votre affectueux et déplorable ami.

PAUL VALÉRY

¿Puede usted hacerme hacer o encontrar un par de zapatos (negros, preferentemente) y quizá hacérmelos llegar por la embajada? Me haría un inmenso servicio. ¡Ya ve usted que la necesidad me obliga a pedirle esta cosa ridícula!

Y eso que ya tengo otras cosas que agradecerle. He recibido, por los "Cahiers du Sud", su envío relativo a la traducción de mi pequeño discurso (Bergson).

Si pudiera, le enviaría un fragmento de *Mi Fausto* (siempre e indefinidamente inacabado).

¡Ah, qué vida, querida amiga, qué crepúsculo de mi vida es esta época! Y yo soy el hombre que siente asco por los "Acontecimientos". Los Acontecimientos (qué pretensión) me aburren. Pero en la actualidad hacen más que aburrirme. Me destruyen.

De todo corazón, y excusándome por este asunto de pies ansiosos...

Su afectuoso y deplorable amigo

PAUL VALÉRY

XI

Château de Montrozier
Gages
Aveyron

Le 1er. octobre 1942

Ma chère, ma bonne Victoria,

Je passe quelques jours en France non-occupée. Mon premier soin, mon premier devoir, mon premier mouvement est de vous écrire ces quelques mots de reconnaissance et d'affection.

J'ai bien reçu votre très précieux envoi —plus que précieux!— et je vous prie de remercier très vivement de ma part Monsieur Costa du Rels qui me l'a fait remettre, il y a quinze jours! J'en ai été ravi, mais, plus que la chose elle-même, quoique devenue indispensable, la pensée et l'amitié qu'elle signifiait ont été un merveilleux secours, un aliment d'âme souffrante et blessée par tant de circonstances et de soucis.

Les nouvelles de moi que je puis vous donner ne sont pas bonnes. Je sens l'âge peser sur mon corps, et depuis quelques semaines surtout,

---

XI

Castillo de Montrozier. Gages, Aveyron.

1º de octubre de 1942

Mi querida, mi buena Victoria:

He pasado algunos días en la Francia no ocupada. Mi primer cuidado, mi primer deber, mi primer impulso es escribirle algunas palabras de reconocimiento y de afecto.

He recibido su muy precioso envío ¡más que precioso! y le ruego que agradezca muy vivamente de mi parte al señor Costa du Rels que me lo hizo llegar hace quince días. He quedado encantado, pero más que la cosa en sí, aunque haya llegado a ser indispensable, el pensamiento y la amistad que significaba han sido un maravilloso socorro, un alimento al alma sufriente y herida por tantas circunstancias y preocupaciones.

No tengo buenas noticias mías que darle. Siento la edad pesar sobre mi cuerpo y desde hace algunas semanas, sobre todo, ya ese viejo cuerpo no hace sino muy penosamente su

ce vieux corps ne fait plus que péniblement son métier. Du reste, les conditions matérielles sont si difficiles (et il faut les prévoir pires encore) que la vie en est constamment et terriblement affectée. Se nourrir et se chauffer sont devenus des problèmes de chaque jour, généralement insolubles. Se vêtir est un projet chimérique. Et quand on a une famille à soutenir, il faut aussi gagner le nécessaire en exerçant la profession la plus inutile qui soit.

Je travaille beaucoup, et parvenu à l'âge où l'on se retirait jadis, je dois fournir un effort plus grand que jamais. Et ceci, avec le regret et le dégoût de ne plus pouvoir apporter à mon travail la rigueur et le souci de perfection que j'y mettais jadis. Que faire? Mes fonctions officielles m'abandonnent, et il faut que la vieille tête supplée à ce qui se dérobe de ce chef.

Je viens de publier une nouvelle édition de mes Poésies, augmentée de quelques pièces inédites de toute époque. J'ai donné aussi un recueil de notes Mélange, *et l'on va éditer ces jours-ci un autre choix* Mauvaises Pensées — *qui a bien failli ne pas paraître... par refus du papier. Mais enfin, ON s'est ravisé et le livre est tiré.*

---

oficio. Por lo demás, las condiciones materiales son tan difíciles (y hay que preverlas peores aún) que la vida está constantemente y terriblemente afectada por ellas. El alimento y la calefacción han llegado a ser los problemas de cada día, generalmente insolubles. Vestirse es un proyecto quimérico. Y cuando se tiene una familia que sostener, hay que ganar también lo necesario ejerciendo la profesión más inútil del mundo.

Trabajo mucho, y llegado a la edad en que antaño se retiraba uno, debo hacer un esfuerzo más grande que nunca. Y esto con la pena y el asco de que ya no pueda aportar a mi trabajo el rigor y el anhelo de perfección que antes ponía en él. ¿Qué hacer? Mis funciones oficiales me abandonan, y es necesario que la vieja cabeza supla lo que se le escapa por ese motivo.

Acabo de publicar una nueva edición de mis poesías, aumentada por algunas piezas inéditas de diferentes épocas. También he dado a la imprenta un tomo de notas, *Mélange*, y uno de estos días se editará otra selección, *Malos pensamientos*, que estuvo a punto de no aparecer... porque me negaron papel. Pero finalmente SE echaron atrás, y el libro está impreso.

J'ai donné aussi aux Cent-Une *(femmes bibliophiles) deux actes et deux actes de deux pièces (qui ne seront jamais achevées) — et qui constituent des ébauches de ce que j'appelle* Mon Faust.

J'aurais bien voulu vous envoyer tout ceci. Mais comment faire? Je regrette bien le départ de Carcano.

Voilà mon bref et sec rapport, mon état de situation, chère Victoria. Ce n'est rien auprès de tout ce que je voudrais vous dire. Je vois périr avec désolation tout ce qui a fait la substance de ma vie. Qui m'eût dit que ma vieillesse connaîtrait une époque de privations telles, et assisterait à la ruine de toutes les valeurs de l'esprit? Il est affreux de constater que ceux qui viennent, déjà ne comprennent plus nos idéaux, tandis que nous trouvons les leur puérils ou grossiers. Le style s'évanouit devant les "effets", et la profondeur le cède à l'incohérence des excitations instantanées. Enfin l'idolatrie se partage avec les instincts les plus élémentaires, l'empire des esprits...

Je vous embrasse, Victoria — très chère!

PAUL VALÉRY

También he dado a las *Ciento una* (mujeres bibliófilas) dos actos y dos actos de dos piezas (que no estarán nunca terminadas) y que constituyen bosquejos de lo que llamo *Mi Fausto.*

Hubiera querido enviarle todo esto. Pero ¿cómo hacerlo? Lamento mucho la partida de Cárcano.

Es éste el breve y seco informe de mi situación actual, querida Victoria. No es nada comparado con todo lo que quisiera decirle. Desoladamente, veo perecer todo aquello que constituía la sustancia de mi vida. ¿Quién me hubiera dicho que mi vejez conocería una época de privaciones tales, y que asistiría a la ruina de todos los valores del espíritu? Es atroz comprobar que los que vienen ya no comprenden nuestros ideales, en tanto que a nosotros nos parecen pueriles o groseros los de ellos. El estilo se desvanece ante los "efectos", y la profundidad cede a la incoherencia de las excitaciones intantáneas. En fin, la idolatría comparte con los instintos más elementales el imperio sobre los espíritus...

La abrazo, Victoria ¡muy querida!

PAUL VALÉRY

XII

Paris, le 16 mai 1943

Ma chère et bonne Victoria,

Je suis émerveillé, mais ému, enchanté et attendri de recevoir de vous ce paquet si précieux que votre ambassade m'a gracieusement fait tenir.

Chose très admirable, il arrive que ces objets essentiels me vont comme des gants! Cela tient du miracle! Je puis danser! Il ne me manque que l'envie; et puis, j'ai 50 ans de trop! Dieu sait si j'avais besoin de ces permis de circuler! Mais de quoi n'a-t-on pas besoin? Les trois quarts de ce qui nous reste d'esprit se dépensent à essayer de trouver ça et là ce qui nous est indispensable.

J'ai été encore malade, cet hiver. El viejo hombre *résiste mal à toutes ces privations et préoccupations.*

Cependant il faut travailler plus que jamais. Si je pouvais, du moins, travailler à ce qui me plaît... Mon Faust *attend toujours que je le continue. J'en ai fait deux actes — et deux actes (car mon projet*

XII

París, 16 de mayo de 1943

Mi querida y buena Victoria:

Estoy maravillado, pero también conmovido, encantado y enternecido al recibir de usted ese paquete tan precioso que su embajada me ha hecho llegar amablemente.

¡Cosa muy admirable! ¡Esos objetos esenciales me quedan como guantes! ¡Es milagroso! ¡Puedo bailar! Sólo me faltan las ganas; y además, ¡me sobran cincuenta años! ¡Bien sabe Dios que necesitaba de estos permisos para circular! Pero ¿de qué no necesitamos? Gastamos las tres cuartas partes de lo que nos queda de inteligencia en encontrar, acá y allá, lo que no es indispensable.

Este invierno estuve enfermo una vez más. *El viejo hombre* resiste mal todas estas privaciones y preocupaciones.

Sin embargo, hay que trabajar más que nunca. Si pudiese, al menos, trabajar en lo que me gusta... *Mi Fausto* espera siempre que lo continúe. He hecho dos actos — y dos actos

comprend plusieurs drames ou comédies ou féeries indépendantes) et j'ai publié cela à 110 exemplaires, pour les Cent-Une, femmes bibliophiles. Mais je tiens même ces 4 actes pour des ébauches. Mon Faust à moi est un être qui a épuisé tout ce que la vie peut donner et qui en a fabuleusement assez. Mais il est condamné à vivre. Il domine entièrement mon Méphistophélès, qu'il considère comme un pauvre diable, sans cervelle, et que les transformations du monde moderne déroutent et déprécient.

Mais au lieu de m'amuser de ces fantoches, je suis dévoré par des travaux sans grâce et sans chaleur. Je fais mon cours au Collège de France. Je fais des préfaces (!) Personne au monde n'en a fait autant que moi.

De vous, Victoria, je ne sais que vos bontés. Croyez bien que c'est une grande et profonde chose que de savoir qu'il existe en terre heureuse et libre un être de votre espèce, dans la pensée duquel on est celui que l'on voudrait être, et qui songe à notre vieille Europe en perdition. Car elle périt. Je l'ai dit et prédit depuis 50 ans, en 1895 comme en 1919. Je ne sais si vous vous rappelez ce que j'ai dit aussi à l'exposition de l'Argentine, à la Bibliothèque Nationale, il y a quelques années.

(porque mi proyecto comprende varios dramas o *féeries* independientes) y los he publicado en una edición de 110 ejemplares para las Ciento una, mujeres bibliófilas. Pero hasta esos cuatro actos los considero bosquejos. Mi Fausto es un ser que ha agotado todo lo que puede darle la vida y que está fabulosamente harto de ella. Pero está condenado a vivir. Domina por completo a mi Mefistófeles, a quien considera como un pobre diablo, sin cerebro alguno, y a quien las transformaciones del mundo moderno desconciertan y deprecian.

Pero en vez de divertirme con estos títeres, estoy devorado por trabajos sin gracia y sin calor. Dicto mi curso en el Colegio de Francia. Hago prefacios (!) Nadie en el mundo ha hecho tantos como yo.

De usted, Victoria, sólo sé sus bondades. Créame que es algo grande y profundo saber que existe en tierra feliz y libre un ser de su especie, en cuyo pensamiento es uno lo que quisiera ser, y que piensa en nuestra vieja Europa perdida. Porque perece. Lo he dicho y predicho desde hace cincuenta años, en 1895 como en 1919. No sé si usted recuerda lo que dije también en la exposición de la Argentina, en la Biblioteca Nacional, hace algunos años.

Oui, je ne sais plus de vous que vos bontés. Comment vous allez, ce que devient SUR, quelle vie vous vivez? Et qui sait quand et comment nous nous reverrons?

Je voudrais que ces quelques lignes vous parviennent. Elles ne sont rien auprès de tout ce que j'ai sur le cœur à vous dire, toute mon affection, toute ma reconnaissance, et puis tant d'autres choses sur tant d'autres sujets!

Je suis à vous, chère et noble amie, je vous embrasse.

Tout vôtre

PAUL VALÉRY

XIII

40 Rue de Villejust. XVIe *Mai 1945*

Ma chère Victoria,

Que de choses à se dire!... Mais il y en a trop. Je reçois votre lettre du 3 mars dans ces premiers jours de mai, et elle m'apporte une joie — dont j'avais grand besoin. Je viens de passer une longue période (depuis janvier) de méchante santé, et ce mois d'avril a été terrible. Mes nerfs à bout, un état d'anxiété nerveuse inouïe, — à se jeter par la

---

Sí; no sé de usted sino sus bondades. ¿Qué es de usted, qué es de Sur, qué vida vive usted? ¿Y quién sabe cómo y cuándo nos volveremos a ver?

Quisiera que estas líneas le llegaran. Nada son comparadas con todo lo que tengo en el corazón para decirle, con todo mi afecto, con toda mi gratitud, y además ¡con tantas otras cosas sobre tantos otros temas!

Enteramente suyo, querida y noble amiga, y la abrazo

PAUL VALÉRY

XIII

40, Rue de Villejust, XVIe.

Mayo de 1945

Mi querida Victoria:

¡Cuántas cosas que decirnos...! Pero son demasiadas. Recibo su carta del 3 de marzo en estos primeros días de mayo, y me trae una alegría — de que tenía gran necesidad.

fenêtre! Je suis un peu mieux depuis deux jours. Mais ce fut l'enfer. — Ni sommeil, ni travail, ni un instant de paix dans l'être.

Laissons cela, ma chère Providence!

Je ne pourrai jamais assez vous remercier de vos envois qui me furent essentiels! Je marche encore dans vos chaussures, sans lesquelles j'aurais dû aller en sandales de carme. Merci de tout mon cœur! Et je ne parle pas du café et du tabac qui sont mes vices vitaux.

Votre voyage au Mexique a dû être un vol ravissant... Ce que vous m'en dites me fit rêver, moi qui ne bouge pas — et qui, depuis 5 ans, suis demeuré à cette table, sans voir un rien de mer... La Gestapo "travaillait" dans la maison voisine...

Je travaillais aussi d'une tout autre sorte — même le jour où vint la libération. Il y eut une petite bataille dans la rue. Jour étrange où la joie et le danger coexistaient. Les gens riaient, puis les coups de feu venaient d'on ne sait où. Place Victor Hugo, le dimanche, j'étais allé faire un tour. Il y avait beaucoup d'animation. Tout à coup, fusillade. On se met dans les portes. C'était comme les giboulées de mars...

Acabo de pasar un largo período (desde enero) de mala salud, y este mes de abril ha sido terrible. Con los nervios destrozados, en un estado de inaudita ansiedad nerviosa... ¡Como para tirarse por la ventana! Estoy un poco mejor desde hace dos días. Pero fué el infierno. Ni sueño, ni trabajo, ni un instante de paz.

¡Dejemos eso, mi querida Providencia!

¡No podría nunca agradecerle bastante sus envíos que me fueron esenciales! Todavía camino en sus zapatos, sin los cuales hubiera debido andar en sandalias de carmelita. ¡Gracias de todo corazón! Y no hablo del café y del tabaco, que son mis vicios vitales.

Su viaje a México ha debido de ser un vuelo encantador... Lo que usted me dice a propósito de ese viaje me hace soñar, a mí que nunca me muevo y que desde hace cinco años estoy clavado a esta mesa, sin ver un poquito de mar... La Gestapo "trabajaba" en la casa de al lado.

Yo trabajaba también, pero de muy otra manera — inclusive el día mismo en que llegó la liberación. Hubo una pequeña batalla en la calle. Día extraño en que coexistieron la alegría y el peligro. La gente reía, después se disparaban balazos de no sabíamos dónde. El domingo fuí a dar una vuelta por la Plaza Victor Hugo. Había mucha animación. De pronto, balazos. Nos refugiábamos en las puertas. Era como los aguaceros de marzo...

—Qui sait si je n'irai pas en Sud-Amérique? On m'en a parlé. Mais je suis un viejo hombre, *et ma santé, je vous l'ai dit, a bien changé depuis 2 mois. J'étais jeune (pour mon âge) en décembre dernier. Mais, à présent...*

Cependant, l'idée d'aller enfin voir quelque chose de ce monde, avant de le laisser à son triste sort, ne m'est pas déplaisante.

Je ne sais trop que vous envoyer pour SUR, *— ni comment vous l'envoyer? Mais, bientôt, j'espère que les communications seront plus aisées. Et bientôt, peut-être, vous-même, passerez-vous l'océan? Volez ici, chère Victoria, que je vous embrasse en personne au lieu de le faire en idée sur ce papier.*

Tout vôtre affectueux

PAUL VALÉRY

P.-S. J'ai reçu votre lettre d'avril, et hier le câble. Pas le café dernier.

Je pense vous envoyer par M. d'Ormesson une scène de Mon Faust *à traduire pour* SUR *(ou autre chose).*

Je vous embrasse de tout mon cœur.

P.

¿Quién sabe si no iré a Sudamérica? Se me ha hablado de ello. Pero soy un *viejo hombre* y mi salud, ya se lo he dicho, ha cambiado mucho desde hace dos meses. Era joven (para mi edad) en diciembre último. Pero actualmente...

Sin embargo, la idea de ver algo de este mundo, por fin, antes de abandonarlo a su triste suerte, no me desagrada.

No sé a punto fijo qué puedo enviarle para SUR, ni cómo enviarlo. Pero bien pronto, espero, las comunicaciones serán más fáciles. Y bien pronto, quizás, ¿no atravesará usted misma el océano? Vuele hasta quí, querida Victoria, y que yo la abrace en persona en vez de hacerlo en idea sobre este papel.

Muy afectuosamente su

PAUL VALÉRY

P. S. — He recibido su carta de abril, y ayer el cable. Pero no el último café.

Pienso enviarle por el señor D'Ormesson una escena de *Mi Fausto* para que se publique traducida en SUR (u otra cosa).

La abrazo de todo corazón *P.*

NOTAS

SOLIDARIDAD CON LOS ESCRITORES FRANCESES

UN LLAMAMIENTO

En 1939 recibí una carta de Paul Valéry, fechada el 2 de septiembre de ese año, que terminaba con las siguientes palabras: "Suceda lo que suceda, ruego a usted que haga en la Argentina todo lo que esté en su mano por nuestra causa, que es también la suya, que es la causa del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas."

Desde entonces han sucedido muchas cosas, aún más terribles que las que habíamos previsto. El 17 de junio de 1940, Valéry me escribía: "... el número y la bestialidad nos aplastan". Y más adelante, en la misma carta: "Tal vez, si consigo durar, estaré obligado, a mi edad, a buscar trabajo no sé dónde... Pero hoy la Poética y el pensamiento valen menos aún que nuestro papel moneda."

Finalmente, el 27 de abril de 1942, Valéry me pedía que le enviara, si me era posible, un par de zapatos. "¡La necesidad me obliga a hacerle este pedido ridículo!", agregaba. Me parece que basta escuchar un llamado semejante para darse cuenta de la situación. Y, a pesar de la liberación de Francia, esta situación no ha variado. El invierno europeo se anuncia tan duro, tan amenazador, que los S.O.S. llegan de todas partes. Por eso un grupo de escritores argentinos nos hemos creído en el deber de acudir en auxilio de nuestros camaradas franceses.

Valéry me escribía además: "El alimento y la calefacción han llegado a ser los problemas de cada día, generalmente insolubles. Vestirse es un proyecto quimérico. Y cuando se tiene una familia que sostener, hay que ganar también lo necesario ejerciendo la profesión más inútil del mundo."

En ese estado se encontraba uno de los primeros escritores de Francia y de Europa, si no el primero. No hace falta mucha imaginación para figurarse cuál debe de ser la suerte de los otros.

Cuando Valéry habla de profesión inútil, lo hace irónicamente. Las creaciones intelectuales desinteresadas son tan necesarias para una civilización que quiere subsistir, sobrevivir, como el pan cotidiano. No nos engañemos.

La grandeza de Inglaterra sin Shakespeare, la de Italia sin Dante, la de Rusia sin Dostoievsky, la de Alemania sin Goethe, la de los Estados Unidos sin Whitman, no sólo resultaría disminuída, sino inconcebible. Estos hombres han sido la voz misma de sus países, y quien se ha familiarizado con el timbre de esas voces conoce, sin haberlas visto nunca, las tierras donde resonaron por primera vez.

Tal es la fuerza del espíritu.

Esos hombres no eran nada más que escritores. Pero lo que han dicho se sigue repitiendo y estudiando siempre, mientras que los discursos de los todopoderosos dictadores de ayer están ya olvidados. La belleza que los primeros han creado dura todavía y nos ayuda a soportar el atroz espectáculo de un mundo que los otros han devastado.

Con los hombres y las mujeres que consagran su vida a las *creaciones intelectuales desinteresadas*, en Francia, se solidarizan los escritores argentinos y hacen en su favor un llamado a sus compatriotas. Entre esos hombres y esas mujeres se encuentra sin duda el Racine o el Pascal o el Baudelaire o el Mallarmé —se encontraba el Valéry, el Bergson— que los siglos futuros colocarán en el rango de grandes entre los grandes. ¿Quién no se sentirá orgulloso de haber contribuído a alejar de ellos el hambre, la enfermedad, tal vez la muerte prematura? Se siente uno feliz de salvar la vida de cualquier hombre, aunque sea el más anodino, el menos útil a la humanidad.

Oscar Wilde creía, con razón, que lo que le faltaba a aquel carcelero de Reading, desconcertado ante dos presos que se acusaban generosamente en vez de disculparse, a fin de que el castigo recayera por entero sobre sí mismos, era imaginación. Imaginación del corazón.

Deseamos fervorosamente que no les falte a nuestros compatriotas, porque, en lo que atañe a la generosidad, estamos tranquilos: no les ha faltado nunca a los argentinos.

V. O.

Se ruega enviar ropas, café, chocolate y medicamentos al "Comité de Solidaridad con los Escritores Franceses", San Martín 689 (Revista SUR, U. T. 31

Retiro 3220), donde se dan informes de 10 a 12 y de 15 a 17. Las contribuciones en dinero se recibirán en el Banco de Londres, cuenta "Ediciones Victoria" con la mención: "Solidaridad con los Escritores Fraceses".

Los Libros

POESÍA

ARTURO SERRANO PLAJA: *Versos de guerra y paz* (Editorial Nova, Buenos Aires, 1945).—

Versos de guerra y paz ha titulado Arturo Serrano Plaja esta colección de poemas que incluye los de dos libros anteriores, *Destierro infinito* y *El hombre y el trabajo*, publicados en los agrios días de la guerra española —tan española y por lo mismo tan universal, tan católica—, y una serie de sonetos y otros poemas aún rigurosamente inéditos.

Más definidor que el título del contenido de este libro, es el nombre de su autor. En efecto, pocos, o, mejor dicho, ninguno de los versos que lo integran es en verdad merecedor del nombre de verso de paz. Es que la paz sólo puede seguir a la guerra cuando entre ellas se interpone purificadora y alada la victoria merecida. Pero la derrota amarga y áptera, inmerecida, no puede ni debe ser preludio de verdadera paz, y no la hay, porque no puede haberla, en los versos de este soldado que perteneciendo a las heroicas filas de las primeras fuerzas inermes que osaron oponerse a las entonces avasallantes hordas del mal, y hoy en pleno triunfo de los ejércitos a los que sirviera de arriesgada vanguardia, aún debe regustar paradójicamente la sal del destierro, porque parece ser ley de la humana justicia que, en la hora de la distribución de méritos, los primeros deban ser los últimos.

Pero si el título no es exacto, ya que debió ser *Versos de guerra y guerra*, el nombre de su autor coincide con precisión prosódica, en la que hay algo más que

iluminado azar, con el contenido de sus estrofas. Arturo Serrano Plaja... Hay una aspereza bravía en la pronunciación de este nombre y estos apellidos: ni un instante de placidez eufónica en ellos desde el repecho inicial y arduo de la primera sílaba Ar, hasta el gutural y tajante mandoble de la última: ja. Nombre lleno de breñales, de matas ásperas, de erres rampantes, sin complacencias para el oído. Si el de Góngora, por ejemplo, ya tiene repiques de doblón de oro que tintinea, ya es barroco de por sí con el retorcimiento esdrújulo que le envuelve en rotundidad rodeándole de inevitables Soledades, el de Arturo Serrano Plaja, identificado igualmente con su destino literario, condice sílaba a sílaba y eco por eco con la agria configuración, con la desesperada contextura de sus versos de guerra, todos de encendida, inacabada guerra.

Consciente de ello, lo que no es poca suerte para la cabal iluminación de su labor, él mismo ha de decirlo en numerosos versos de "Estos son los Oficios":

Quiero que mis palabras sepan a esparto viejo
o a superficies pulcras de metales pulidos.

E insiste en esa vocación de aspereza que recuerda a la de los místicos de su estirpe que ansiaban revestirse de estameñas:

Para nombrar los hombres trabajando,
los hombres por su oficio,
los hombres y mujeres por sus nudos de sangre,
quiero una voz de cuerda y unas manos de pan,
para unirme al trabajo y a los besos
y al olor de cansancio merecido.

Esta ruda calidad de quebrada corteza de hogaza morena, de palma de mano campesina, que añade surcos y pliegues propios del esfuerzo a los que le señalara el destino, de cabo de azada o de martillo, a los que el renovado manoseo del obrero ennoblece de pulimento, nos da la clave para valorar estos versos. Hay en Serrano Plaja un poeta cabal. Muchos de sus versos dispersos, nunca agavillados en el único haz de un solo poema, lo atestiguan:

¡Oh perdurable mía, perezosa
con ademán de otoño pensativo!
. . . . . .
Esta espuma que viene desbocada
con paso de corcel hasta la arena.
. . . . . .
Por el camino
los pinos mansamente me derraman
la soledad crecida de su sombra,
su oscuro y serenísimo sosiego.

Pero un pudor que le hace sollozar en uno de sus más cabales poemas, "El amor en la guerra", le lleva a preguntarse y preguntar en medio de su posible dicha:

¡Ay, novias de soldados ya difuntos!
¡Ay, camaradas, pueblo, hermanos, madres!
¿Cómo voy a juzgarme ante vosotros?
¿Con qué pureza puedo ya invocaros?

Y así, Serrano Plaja, viendo la tragedia crepitar en torno de su poesía, o de su felicidad, trata, si no de sofocarlas, de pedir disculpas por ellas, de ponerlas a tono con su encapotado medio, ocultando su amor con pardo manto campesino, forzando a su poesía a enronquecer, a no vibrar sino bajo el reclamo del llanto y los escombros. Todo un movimiento artístico contemporáneo, tanto en la poesía como en las artes plásticas, obedece a la misma consigna tácita, desde estos *Versos de guerra* de Serrano Plaja hasta el *Guernica* de Picaso. Ambos responden por igual a la intención ascética y guerrera de preferir el desollado alarido a la articulada liberación del canto. El hombre se antepone al poeta en Serrano Plaja, amordaza a su musa y llora, o amenaza, o impreca, prefiriendo al papel de insobornable colaborador de Dios, que corresponde al poeta, el de incorruptible testigo ante la historia que corresponde al hombre.

¿Es que acaso no es posible asumir, sin confundirlas, ambas actitudes? ¿Es que no hay una valentía bien viril en salvar lo que se pueda de la alegría, o de la irresponsable felicidad del canto, en medio de los derrumbes y las crecientes ruinas? ¿No sería más humano, en el recto sentido de la palabra, deglutir la amargura, y no contestar con el denuesto o la ácida melancolía sino con la más

pura y limpia nota, enaltecida hasta hallar el sol que refulge más arriba de las encapotadas cerrazones?

Pero hay una actitud de reconcomio que se obstina hasta el punto de decir, con Baudelaire, en los versos que sirven de portada a este libro que comento:

Je sais que la douleur
est la noblesse unique.

No. Ni el dolor es la única nobleza, ni la carne es triste (*hélas!*) Nadie tema que incurra en un inocente optimismo igualmente empequeñecedor de la vida y de su resplandor: la poesía. Pero me resulta estremecedor oír a este poeta que hasta cuando acuna a su hijito americano, de dos años, y quiere agradecerle la ternura que le acuerda, la felicidad que le ofrece, lo hace con estas palabras:

¡Chico, chico, chiquitillo,
hijo de mi propia sangre,
con tus dos años apenas
y puedes con mis pesares!

poniendo, como testimonio de su dicha, justamente lo terrible de los pesares que compensa.

En todos los poetas de lo que con justicia se ha llamado "la España peregrina" subsiste el tono elegíaco y la añoranza dentro de los matices que van desde la imprecación hasta la melancolía. Pero en algunos, como en Alberti, eso no impide que el fuego mediterráneo que alienta en sus entrañas irrumpa, de pronto, jocundo y colorido. En cambio, en Serrano Plaja hay una conjunción del destino con el temperamento, así como la hay entre la prosodia de su nombre y la estructura de sus versos. Se advierte una especie de sorda complacencia, como la de los místicos al comprobar la falencia e inanidad de las cosas terrenas, pero que, al revés de la de éstos, no coloca su confianza en la luminosidad de un más allá sino que hace de esa luminosidad rigor de tiniebla porque la torna perceptible. Es lo que le lleva a decir:

Si todo fuese incierto ciertamente,
si todo, vanidad de vanidad

y al cabo de los llantos, vanidad,
y sólo vanidad eternamente.

Si todo fuese ciego ciegamente
y nunca hubiese luz ni eternidad
y fuese todo falso de verdad,
¡qué dulce la tiniebla, qué evidente!

¡Qué pura oscuridad desconsolada
si sólo fuese oscura nuestra vida
y sólo tenebrosa nuestra suerte!

¡Qué fácil maldición, qué descansada
dolencia de acabar enloquecida
de tanto no haber luz y tanta muerte!

Debo hacer la increíble observación de que este desolado soneto, una de las más luctuosas voces que haya escuchado, puesto que no pone el énfasis de su llanto sobre la tiniebla, sino sobre la luz, no sobre la vanidad, sino sobre la vanidad de la vanidad, no sobre la falsedad de la verdad, sino sobre lo verdadero de esa falsedad, no pertenece a los versos de guerra sino a los de paz...

Hispánico, profundamente hispánico, enlazadas sus raíces con la de aquellos que como Unamuno o Antonio Machado hallaban en las tinieblas calientes del terruño las oscuras de Séneca, Serrano Plaja, voz auténtica, desbordante de un patetismo sin teatralidad, de un dramatismo sin candilejas, ha logrado expresar en estos versos la sacudida brutal que lo desarraigó de su suelo nutricio. No constituye reproche, sino verificación de que logró lo que se propuso, decir que en sus versos se vislumbra una mayor porción de tierra que de cielo.

J. R. WILCOCK: *Ensayos de poesía lírica* (Edición del autor, Buenos Aires, 1945). —

Claro que todo poema es, en verdad, un ensayo de poema, como toda oración digna de ese nombre es un balbuceo de imploración para que nos sea

alguna vez permitido rezar. Pero es bueno que el poeta adquiera certidumbre de ello y se anime a confesarlo públicamente desde la arriesgada eminencia del título, cuando no hay, como en este caso, falsa humildad encubridora de inconsciente arrogancia, sino una actitud de noble artesanía, una convicción de quien repasa su programa de ingreso al Misterio, sabiendo de antemano que es arduo e interminable su aprendizaje.

Wilcock no procede en estos ensayos con el desenfado de quien pretende haber recibido una revelación, sino con la cautela del que adivina que esa revelación debe ser alcanzada para que adquiera su condición de merecimiento, sin que desluzca por ello el resplandor de su gracia.

Observa los movimientos de los grandes maestros, o de los más aventajados de sus contemporáneos, y como está ensayando, como no cree haber llegado aún a la plena voz que la lírica requiere, no encuentra inconveniente, y hace muy bien en ello, en modular su acento de acuerdo con los ecos más altos de otras voces, en intentar graciosos escorzos, gentiles reverencias a lo desconocido, en los que trasciende un aire familiar que ningún disimulo atenúa, porque sabe que nadie debe avergonzarse de tener un linaje, y sí, por lo contrario, de carecer de él.

Parecidos, resonancias, acaso reminiscencias de modos de construir, o dejar de construir, pueden adivinarse en casi todos los cuarenta y siete poemas que integran este volumen.

Que se advierta en estos versos:

De pie frente a tu casa habré soñado
los tranvías lejanos, los sonidos
que se oyen en la niebla confundidos,
las personas que habitan mi pasado;

entre "las personas que habitan mi pasado" la presencia de Silvina Ocampo; o en estos otros:

Se eleva detrás de un monte
el humo del horizonte;
son los últimos rastrojos.

Me imagino al otro lado
la ciudad donde te he amado,
y se me nublan los ojos;

el tono sentimentalmente viril de Antonio Machado; o, por último, que se halle en un solo verso el altísimo eco de tan glorioso antepasado como Quevedo:

las horas que al placer nacieron solas

no menoscaba en nada la labor de un poeta joven; antes bien, indica lo certero de su designio, lo afinado de su gusto, lo decidido de una vocación que acepta el aprendizaje y muestra ya en él la poderosa capacidad de sus medios.

El último verso citado me parece excelente; contribuye a ello, precisamente, la acertada estructura quevediana, y luce aún más engarzado en el terceto cabal del soneto "La Soledad" a que pertenece:

La flor del tiempo inclina sus corolas
y en un polvo amarillo va sumiendo
las horas que al placer nacieron solas.

¿Está dentro de la conciencia del poeta la magnitud de su hallazgo? Esas horas que brotaron aisladas, fantasmales y resplandecientes en el placer, fuera del tiempo, que ahora las sume en su amarillento polvo. ("Polvo serán, mas polvo enamorado") ¡Esas horas que no son de tiempo sino de eternidad, y que por ello no guardan relación de precedencia o continuidad con las restantes del tiempo, sino que fueron inmaculadas en su concepción, al nacer solas, como engendradas por la propia virtud genesíaca y virginal del placer! Hallazgos de tal plenitud como este que comento, justifican el "ensayo de poesía lírica" y conmoverían en su inmortalidad al ancestral maestro que le indicó la vía para lograrlo.

Lo que importa de las influencias poéticas es el grado en que ellas permiten encontrarse a quien las sufre, si lo desvían o acercan a su autenticidad, y Wilcock, sin duda alguna, está en su propio camino. Nos lo dice de entrada la conmovedora ternura de su soneto "Dedicatoria", rebosante de la delicada timidez del adolescente:

Cuando tus padres se hayan acostado,
cuando callen las radios y los ruidos,
sobre el umbral de piedra inadvertidos
te dejaré estos versos, ignorado.

Nos lo confirman categóricamente casi todos sus sonetos con paisajes y, más aún, sus sonetos reflexivos, cuya constante tensión hacia una hondura en que se mezcle la revelación poética y la metafísica no excluye un lujo formal, un decoro prosódico y metafórico en que se complace la artesanía:

¡Qué honor maravilloso es el moviente
principado del traje que despliegas,
qué paisaje imperial es tu Presente!

Y, por último, la mejor composición de este libro, "El Hijo Pródigo", toda ella velada por la grave niebla de la Melancolía que trasciende de este poema, como del admirable grabado de Durero, pero al mismo tiempo con una levedad de espuma en que florece su certidumbre, siendo ésta una característica de toda la poesía de Wilcock, que asordina su voz y le confiere una dignidad de huésped de la penumbra, que acalla sus pasos cuando avanza hacia una realidad que no sabe entregársele sin mediación de esos pudores.

Hay una estrofa que no debe quedar sin ser reproducida en esta noticia:

Ya se llevan los años mi juventud distante,
como un río en las peñas que infinito desciende.
Oh, por qué no haber sido como el mar es constante,
que en una misma playa extiende
este siglo y los otros de semejante espuma,
y en los mismos cantiles su queja inmóvil vierte;
ver como el aire mismo donde nací consuma
el gesto vano de mi muerte.

Comienza con la fluyente metáfora de Manrique: los años son el río "que infinito desciende" llevándose los años juveniles. Pero el mar no es ahora el morir: el mar es la constancia misma, con su inmortalidad de espumas; el

mar es la propia eternidad que el hijo pródigo, el ser, abandonó por el infinito descenso temporal que se desbarranca entre peñas, pero al que arrepentido acabará por retornar, cuando *el aire mismo donde nací consuma / el gesto vano de mi muerte.* Vano por el retorno a la constancia paternal del mar.

¿En cuántos libros actuales pueden celebrarse hallazgos de la calidad que nos deparan estos ensayos de poesía lírica?

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

WRAY GARDINER: *The Gates of Silence* (Gray Walls Press, London, 1944).—

Por la calidad de su poesía y por la influencia que ejerce como editor de "Poetry Quarterly" y fundador de la Gray Walls Press, Wray Gardiner es un joven escritor bastante representativo de ciertas tendencias actuales de la literatura inglesa.

Después de las vacaciones pagas de los años veinte, interrumpidas en la década siguiente por la vuelta de poetas y escritores a sus responsabilidades sociales, notamos en las letras inglesas, desde el comienzo de la guerra, una enérgica reafirmación del principio personal. Este movimiento tiene sus publicaciones: "New Road", "Now", "Poetry Quarterly"; sus ideólogos: D. S. Savage, Alex Comfort, y, claro está, sus detractores. No se trata esta vez ni de "arte por el arte" ni de evasión, pero el deber del poeta no se entiende ahora como una toma de posición en la lucha de clases, sino como lucha del individuo contra el Estado devorador, pues es harto sabido cuán injusta y tiránica puede ser una sociedad igualitaria.

El poema y las piezas cortas que forman el presente volumen dan una buena idea de la obra poética de Wray Gardiner —poesía de conceptos intelectuales formulados en un idioma lírico y emotivo, de ritmos muy personales— "more than words... with music". Las ideas se expresan con imágenes, asociaciones y alusiones a veces tan elípticas y privadas —especialmente cuando el autor recurre al vocabulario surrealista— que derrotan al lector mejor intencionado. Entre las dos actitudes posibles, definidas en sus extremos por Kœstler como la del "Yogui" y la del "Comisar", Gardiner no vacila en escoger la primera:

To live again one must be alone in
The struggle... [1]

I am the king, I am the individual man
Harassed by multitudes, silent in the blaspheming crowds,
Out of step with the dance... [2]

We who sit alone behind the walls
In the spring time of the winds
Will never laugh or sigh again
With the imagined communion of the world
In our voices... [3]

Las referencias a la guerra son oblicuas; se la siente presente más bien en el tono general de honda tristeza, amargura y desesperación —"No bells or candles fire our Christmas tree" [4]. No hay nada real, salvo la obra de arte, perfecta y eterna, y el poeta es como

The bird singing against the word's thorn...
Of another world we reach with the stretched hand of art... [5]

o como una hoguera encendida para los "far flung few, the lonely last who care" [6].

VERA MACAROW

1 Para revivir, uno tiene que estar solo en la lucha.

2 Soy el rey, soy el hombre individual
Acosado por el gentío, silencioso entre la muchedumbre impía,
Fuera de compás en la danza.

3 Nosotros, que nos sentamos detrás de los muros,
En la primavera de los vientos
Nunca más reiremos o suspiraremos
Con la imaginada comunión de los mundos
En nuestras voces...

4 Ni cencerros ni velas alumbran nuestro árbol de Navidad...

5 El pájaro cantando contra la espina del mundo...
De otro mundo que alcanzamos con la mano extendida del arte...

6 Los pocos esparcidos, los últimos solitarios angustiados...

NOVELA

HENRY JAMES: *Otra vuelta de tuerca.* Traducción de José Bianco (Emecé, Buenos Aires, 1945). —

Los fantasmas ofrecen a la literatura una dificultad esencial no siempre fácil de vencer: su presencia, de la misma vana corporeidad que los entes "reales" con quienes comparten las evanescentes dimensiones del libro, les confiere, por contraste, una certidumbre excesiva, ajena a su presunta naturaleza. Los fantasmas literarios no tienen menos certidumbre que el resto de los personajes. La sombra del padre de Hamlet es tan actuante como el propio Hamlet, y desde luego más decidida en la unicidad de su imperio.

El problema de mantener la fantasmagoría de los fantasmas en la evocación ya de por sí fantasmagórica de la realidad, consiste en la creación de una especie de criaturas que sean lo que podría llamarse "fantasmas de segundo grado", fantasmas de fantasmas...

Pocas veces se ha realizado de modo tan cabal el prodigio como en este libro de Henry James, cuya delicadeza no es sólo externa, constituída por la finura del estilo —realzada en este caso por una traducción excepcional—, por la habilidad en el manejo de los más bien escasos elementos formales, por la sabia disposición del suceder que va avanzando con la cauta suavidad de "otra vuelta de tuerca", sino principalmente interna, y ello ha permitido al autor que sus fantasmas sean realmente fantasmas, manteniéndolos en la zona de imprecisión y desesperanza que su naturaleza requiere.

Henry James no realiza este prodigio utilizando el contraste flagrante entre la corporeidad de la vigilia y la inespacialidad del sueño —pues eso sería un fantasma: un personaje de sueño que por insospechada dimensión penetra en la vigilia—, ni se vale de las circunstancias habituales para que los fantasmas surjan casi por generación espontánea: nocturnidad, murciélagos, ruinas, escaleras interminablemente resbaladizas, espesos cortinados, fugaces claros de luna, ruidos siniestros, etc., etc. Todo es mucho más simple. Los fantasmas de este libro lo mismo aparecen en plena mañana, junto a un pequeño lago de un correcto parque inglés, que se asoman a una ventana del comedor. Ningún ruido los delata, ningún accesorio escenográfico los precede. Es más: cuando el autor nos pre-

senta las circunstancias clásicamente propicias de cortinados, claros de luna, etc., es para escamotearnos al final la presencia del fantasma. El carácter fantasmagórico de estos fantasmas reside en su ausencia de certidumbre total. El lector termina el libro sin que el autor le haya confesado de manera rotunda si los fantasmas son dos o no es ninguno. No los ve jamás "directamente", sin que por eso dejen de estar perfectamente descriptos.

La trampa, sencilla y valedera, consiste en que los describe la única persona del relato que los ve, o, al menos, que nos consta que los ve. El autor, refugiado en su olímpica imparcialidad, no interviene en el desarrollo de la acción, ni la invalida con explicaciones al margen. Cruza por sus páginas de puntillas, como si el verdadero fantasma fuese él, ingrávido en su estilo rebosante de la pausada certidumbre de los recuerdos.

¿Existen realmente —en la presunta realidad que les correspondería— los fantasmas de Quint y de la señorita Jessel? ¿O son simples alucinaciones de la institutriz, anticipada "freudiana" que corporiza en ellos inconfesados complejos? La dilucidación de estas preguntas nos plantearía otra serie infinita de ellas acerca de la realidad de los fantasmas o la fantasmagoría de la realidad, enfrentadas imágenes evanescentes, actualmente no simplificadas, por cierto, con complejos de Edipo, represiones, etc.

Lo grave es que este libro, escrito antes de la divulgación de las teorías de Freud, no escapa por esa simple circunstancia cronológica a la posibilidad de ese tipo de interpretaciones: más bien resulta, en cierto modo, una justificación anterior a las mismas.

Los fantasmas no aparecen aquí como supervivencias infantiles, pero están íntimamente ligados con los niños: con dos de las más deliciosas criaturas infantiles de toda la literatura de habla inglesa, abundante en ellas. Pero justamente esa gracia infantil, inteligente, llena de frescor, es la que confiere un inquietante carácter morboso a toda la obra de Henry James, porque a través de esa limpia inocencia se traslucen sedimentos larvales, inquietantes posibilidades que el autor también deja sin manifestar totalmente.

¿Existe realmente una comunicación, una diabólica "entente" entre ambos niños y ambos fantasmas? La desesperación de la protagonista se desarrolla ante esa angustiosa posibilidad de simetría entre inocencia y maldad, entre pureza y perversidad. Y aun esa perversidad aparece magnificada por la sutileza con que el autor la sugiere de un modo nada explícito. No puede referirse a una

situación sexual simplemente irregular por su ilegalidad. No. En ese caso, su relación con los niños sería torpe por el desencuentro cronológico, no por una torpeza esencial irredimible como parece adivinarse. De ahí la situación tensamente dramática de la protagonista, la institutriz que lucha por impedir esa comunicación, acaso existente tan sólo en su propia obsesión, en lucha en tal caso consigo misma sin más apoyo que el poco valedero de la señora Grose, el ama de llaves, cuya transparente falta de imaginación resulta tan eficaz para aceptar la posibilidad de la existencia de los fantasmas como ineficaz para verlos.

Todo el problema del libro parece resumirse en si los intranquilizadores limos que se adivinan fluctuantes en su fondo, a través de la transparencia cristalina de su estilo, se sedimentan en la realidad, realidad que en tal caso incluiría a los fantasmas que buscarían un asidero para su horror en los niños, o si oscilan en las turbias profundidades de lo reprimido en el inconsciente de la institutriz a su contacto con los mismos niños.

Objetivamente, el autor puede no haberse decidido por ninguna de ambas posibilidades. Subjetivamente —para el lector, ubicado en el interior de la propia institutriz que hace el relato, no cabe otra posición— ambas monstruosidades son una sola, su ensamblamiento no consiente sino una perversidad única. Lástima que esa tensión de incertidumbre parece desvanecerse al final. Digo parece, pues no me atrevo a más tratándose de la inasible materia de este libro. Pero la muerte del niño, en el momento en que la institutriz logra la desaparición del fantasma de Quint, pudiera ser la indiscreta punta del ovillo por donde se deshiciera la aérea madeja de la trama. ¿No establece ese hecho "objetivamente" la cierta relación entre el niño y el fantasma? No quiero asegurarlo porque ello desmoronaría no poco del encanto estremecedor de la fábula, pero confieso que de todos los temores que el autor suscitó en mí, acaso ése pueda resultar el más perdurable.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

ÍNDICE

PAUL VALÉRY

NOTAS

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 187855.
Título de marca Nº 159.486.

ESTE CIENTO TREINTA Y DOS NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
DOS DE OCTUBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y CINCO EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.